

San Alfonso María de Liguorio

1 de agosto

Alfonso nació en Nápoles el año 1696 y murió en Nocera dei Pagani (Salerno) el 1 de agosto de 1787. Era abogado del foro de Nápoles, pero dejó la toga para abrazar la vida eclesiástica. Fue obispo de S. Agata dei Goti (entre 1762 y 1775) y fundador de los redentoristas (1732); atendió con gran celo a las misiones populares y se dedicó a los pobres y a los enfermos. Es maestro de las ciencias morales, a las que inspira criterios de prudencia pastoral, basada en la búsqueda sincera y objetiva de la verdad, aunque también se muestra sensible a las necesidades y a las situaciones de la conciencia. Compuso escritos ascéticos de gran resonancia. Como apóstol del culto a la eucaristía y a la Virgen, guió a los fieles a la meditación de los novísimos, a la oración y a la vida sacramental.

LECTIO

Primera lectura: Romanos 8,1-8

Hermanos: ¹ Ya no pesa, por tanto, condenación alguna sobre los que viven en Cristo Jesús. ² La ley del Espíritu vivificador me ha liberado por medio de Cristo Jesús de la ley del pecado y de la muerte. ³ Pues lo que era imposible para la ley, a causa de la fragilidad humana, lo realizó Dios enviando a su propio Hijo con una naturaleza semejante a la del pecado. Es más, se hizo sacrificio de expiación por el pecado y dictó sen-

tencia contra él a través de su propia naturaleza mortal, ⁴ para que, así, los que vivimos no según nuestros desordenados apetitos, sino según el Espíritu, cumplamos la ley en plenitud.

⁵ Los que viven según sus apetitos, a ellos subordinan su sentir, mas los que viven según el Espíritu sienten lo que es propio del Espíritu. ⁶ Ahora bien, sentir según los propios apetitos lleva a la muerte; sentir conforme al Espíritu conduce a la vida y a la paz. ⁷ Y es que nuestros desordenados apetitos están enfrentados a Dios, puesto que ni se someten a su ley ni pueden someterse. ⁸ Así pues, los que viven entregados a sus apetitos no pueden agradar a Dios.

➔ La primera lectura expresa de una manera maravillosa lo que el fundador de los redentoristas podía sentir en su corazón mientras enviaba a sus hermanos, los misioneros populares, a los más abandonados de su mundo, con la convicción de que, junto al Señor, la redención se muestra verdaderamente abundante, sin restricciones (*cf.* Sal 130,7). El fragmento de la Carta a los Romanos, aparentemente concentrado en la Ley, anuncia una firme novedad: «*Ya no pesa, por tanto, condena- ción alguna sobre los que viven en Cristo Jesús*» (8,1). Dos indicaciones radicales –una como causa, como efecto la otra– resumen, con una máxima sencillez y condensación teológica, el misterio pascual de Cristo y plantean una nueva y definitiva *economía* de las relaciones entre lo divino y lo humano.

La historia sagrada de la humanidad ya no tendrá en su centro una preocupación predominantemente ética (intentar justificarnos ante Dios a través de los méritos provenientes de las obras de la Ley), sino más bien el de hacer emerger de una manera progresiva, en el ser humano, el «*Yo soy*» del Señor Resucitado, como totalidad de su cuerpo místico que es la Iglesia, animada por el Espíritu y embellecida por sus frutos. Así pues, se acabaron las cuestiones de acusación o defensa, miedo o cálculo, condena o absolución; lo que hay ahora es un impulso vital y libre en la entrega de sí, propia del Es-

píritu que nos ha sido dado, hacia una plenitud transformadora del amor, encaminada a hacernos criaturas nuevas en Jesús.

Evangelio: Juan 15,9-17

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ⁹ Como el Padre me ama a mí, así os amo yo a vosotros. Permaneced en mi amor. ¹⁰ Pero sólo permaneceréis en mi amor si obedecéis mis mandamientos, lo mismo que yo he observado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. ¹¹ Os he dicho todo esto para que participéis en mi gozo y vuestro gozo sea completo.

¹² Mi mandamiento es éste: Amaos los unos a los otros, como yo os he amado. ¹³ Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos. ¹⁴ Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. ¹⁵ En adelante, ya no os llamaré siervos, porque el siervo no conoce lo que hace su señor. Desde ahora os llamo amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre.

¹⁶ No me elegisteis vosotros a mí; fui yo quien os elegí a vosotros. Y os he destinado para que vayáis y deis fruto abundante y duradero. Así, el Padre os dará todo lo que le pidáis en mi nombre. ¹⁷ Lo que yo os mando es esto: que os améis los unos a los otros.

➔ Juan, a su manera, repite el mismo discurso de la primera lectura. El autor del cuarto evangelio presenta igualmente el paulino «*vivir en Cristo*» como una nueva ontología bajo el ropaje simbólico del existir como sarmientos injertados en la vid. La nueva relación con el Padre a través de Jesús está formulada, sin embargo, en términos de amistad sin reservas, ratificada con la entrega total de la propia vida. El caminar en el Espíritu, evocado en Rom 8 como consecuencia de la inserción en Cristo, está expresado en Jn 15 como el permanecer en el amor de Jesús a través de una vida totalmente concentrada en su Palabra («*mandamientos*», es decir, todo

lo que él había «oído del Padre» y, posteriormente, había dado a conocer a los discípulos-amigos). La nueva simbiosis de lo humano con lo divino –y esto es particularmente joánico– encuentra su cumbre en la reciprocidad de la entrega de nosotros mismos, que brota del amor del Padre, realizada en la muerte de Jesús y difundida en las relaciones interhumanas como flujo de la vida nueva y resplandeciente de la fecundidad escatológica (frutos permanentes de caridad) del Dios-con-nosotros. Por último, la nueva ley, identificada por Pablo con el Espíritu que da vida, recibe en Jn 15 su nombre definitivo: es la ley del amor que debe circular (de aquí el empleo del modo imperativo), como savia vital, en el cuerpo del hombre nuevo, que es Cristo con los suyos. De nuevo, el *Doctor zelantissimus*, que había encerrado en el amor y en la familiaridad de la relación con Dios todo su genio pastoral, encuentra en esta página del evangelio una credencial que corresponde de un modo particular a su carisma de copiosa redención comunicada posiblemente a todos los hijos de Dios.

MEDITATIO

La Palabra de Dios encontró una respuesta decidida en san Alfonso. Éste se sintió elegido, llamado, y siguió su vocación humana y cristiana con una disponibilidad plena y constante. Disponibilidad que expresaba con las frases típicas de su ascética: «Hacer la voluntad de Dios»; «Concordancia con la voluntad de Dios». La voluntad de Dios, «*el mandamiento nuevo*», es el amor al prójimo. Aquí se encuentra el secreto de todas las opciones de Alfonso: fue abogado para defender a los otros, se hizo sacerdote para salvar a las almas, fundó la Congregación de los Redentoristas para anunciar el Evangelio a los abandonados; como obispo, sintió la solicitud pastoral por su Iglesia local y por todas las Iglesias.

Hizo una amplia exposición del mandamiento nuevo en su mejor libro: *Práctica del amor a Jesucristo*. Del amor brotaba su alegría, una cualidad característica de Alfonso; es la alegría de sentirse amado por Dios, con lo que se vencen todas las adversidades. «Alegremente» es la palabra que se repite en su epistolario. Existe en Alfonso un humor a lo Tomás Moro, templado por el sentido común del napolitano. La alegría procede asimismo de la certeza de que no hay condena alguna para los que han sido salvados por Jesucristo. Aquí se pone de relieve el compromiso fundamental de Alfonso, teólogo y moralista: se sintió llamado a defender el amor misericordioso de Dios contra las nefastas teorías de los jansenistas y de los rigoristas, los cuales, negando la universalidad de la redención y acentuando las exigencias de la justicia de Dios, sumergían a los hombres en la angustia y la desesperación. A ellos opuso Liguorio el mensaje salvífico del Evangelio y la presencia activa del Espíritu Santo, que nos arranca de la esclavitud de la Ley y nos lleva a la libertad de los hijos de Dios.

ORATIO

Cristiano, levanta los ojos y mira a Jesús muerto sobre ese patíbulo, con el cuerpo lleno de llagas que todavía manan sangre. La fe te enseña que él es el Creador, tu salvador, tu vida, tu liberador. Es alguien que te ama más que nadie, es alguien que sólo puede hacerte feliz.

Sí, Jesús mío, lo creo: tú eres alguien que me ha amado desde la eternidad, sin ningún mérito por mi parte; es más, previendo mi ingratitud, sólo por tu bondad me diste el ser. Tú eres mi salvador, y con tu muerte me has liberado del infierno que tantas veces he merecido. Tú eres mi vida por la gracia que me has dado, sin la cual yo estaría muerto para siempre. Tú eres mi padre y mi padre amoroso; perdonándome con tanta misericordia

las injurias que te he hecho. Tú eres mi tesoro y me enriqueces con muchas luces y favores en vez de los castigos que he merecido. Tú eres mi esperanza, pues fuera de ti no puedo esperar ningún bien de otros. Tú eres mi verdadero y único amador; basta con decir que has llegado a morir por mí. Tú, en suma, eres mi Dios, mi sumo bien, mi todo (Alfonso María de Ligorio, *Meditaciones sobre la pasión*).

CONTEMPLATIO

Ésta es, por tanto, la meta a la que deben tender nuestros deseos, nuestros suspiros, todos los pensamientos y todas nuestras esperanzas: ir a gozar de Dios en el paraíso para amarlo con todas las fuerzas y gozar del gozo de Dios. Gozan, a buen seguro, de su felicidad los bienaventurados en aquel Reino de delicias, mas su gozo principal, el que absorbe todos los otros defectos, será el de conocer la felicidad infinita de que goza su amado Señor, mientras ellos aman a Dios inmensamente más que a sí mismos. Todo bienaventurado, en virtud del amor que tiene a Dios, seguiría estando contento aunque perdiera todos sus goces, y padecería toda pena con tal de que no le faltara a Dios –si es que pudiera faltarle– una mínima parte de la felicidad de que goza. Por eso, en ver que Dios es infinitamente feliz y que esta felicidad nunca puede faltarle, en esto consiste su paraíso. Así se entiende lo que dice el Señor a toda alma al darle posesión de la gloria: «*Toma parte en la alegría de tu señor*» (Mt 25,21).

No es ya el gozo el que entra en el bienaventurado, sino que éste entra en el gozo de Dios, mientras que el gozo de Dios es objeto del gozo del bienaventurado. De modo que el bien de Dios será el bien del bienaventurado, la riqueza de Dios será la riqueza del bienaventurado y la felicidad de Dios será la felicidad del bienaven-

turado (Alfonso María de Ligorio, *Práctica del amor a Jesucristo*).

ACTIO

Repite y medita a menudo durante el día este pensamiento de san Alfonso:

«Quien ora se salva ciertamente, quien no ora ciertamente se condena».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

San Alfonso es un napolitano maravilloso, y tanto en su vida como en su ingenio aflora más de una vez, e incluso con gran frecuencia, su llaneza con una frescura y una jovialidad increíbles. Quien le convierte en un santo pedante, petulante, aburrido, cruel, no le conoce ni de vista. Quien le convierte, en virtud de su moral, en una especie de casuista monomaniaco y sin aliento, no conoce a san Alfonso.

Fue músico, pintor, poeta, un hombre de espíritu y de garbo, capaz de resolver una cuestión con una salida y de enderezar un mundo invertido con una sonrisa; tuvo algo de la dolorida profundidad de Vico y algo de la vivacidad profunda de Galiani. En sus acciones y en sus obras aparece siempre superior a lo que hace y a lo que dice, dueño de sí y de lo que trata. Entre las muchas vías abiertas que se presentan a quien actúa y escribe, toma siempre la suya propia, una que se abre a él por vez primera. Despierto, despejado, resuelto y resolutivo, sigue su camino sin la mínima vacilación, y este camino se abre a muchos. Por lo que respecta a la moral, sabido es que la Iglesia camina justamente por el camino abierto por san Alfonso. Por lo que respecta a la devoción, durante ciento cincuenta años cientos de miles de almas se han puesto a caminar por el camino trazado por Alfonso.

Esta agilidad, gracia y sencillez hacen de él alguien cordialísimo, alguien al que se trata con placer. Habría que verlo. Ha-

bría que saber verlo y hacerlo ver entre los recuerdos que de él nos quedan, entre sus libros, en su correspondencia: hallaríamos gestos bellísimos y originales, reflexiones agudas y divertidas, fragmentos cálidos y brillantes, salidas de una milagrosa bonhomía y profundidad, tomaduras de pelo caritativas pero tremendas, réplicas vivaces y repentinas, como se da una bofetada a un bribón.

San Juan María Vianney

4 de agosto

Juan María Vianney nació cerca de Lyon (Francia) el 8 de mayo de 1786. Descubrió pronto su vocación para el sacerdocio, pero fue excluido del seminario por falta de aptitud para los estudios. Le ayudó el párroco de Ecully y, cuando ya estaba casi en los treinta años, fue ordenado sacerdote en Grenoble. En 1819 fue destinado a la parroquia de Ars, a la que transformó con su bondad, abnegación pastoral y santidad de vida. Murió el 4 de agosto de 1859. Es patrono de los párrocos desde 1929.

LECTIO

Primera lectura: Ezequiel 3,16-21

En aquellos días, ¹⁶ el Señor me dirigió esta palabra:

¹⁷ –Hijo de hombre, yo te he constituido centinela de Israel. Cuando oigas una palabra de mi boca, los amonestarás de parte mía. ¹⁸ Porque si yo digo al malvado que una amenaza de muerte pesa sobre él y tú no lo amonestas ni le adviertes que debe abandonar su perversa conducta si quiere conservar la vida, él morirá por su maldad, pero yo te pediré cuentas a ti de su vida. ¹⁹ Ahora bien, si amonestas al malvado y él no se convierte de su maldad ni de su conducta perversa, morirá por su culpa, pero tú te habrás salvado.

²⁰ Si un hombre recto se desvía de su rectitud y obra mal, yo le pondré una trampa y caerá. Como tú no lo has amones-

tado, él morirá por su pecado y no serán tenidas en cuenta las obras buenas que había hecho, pero yo te pediré cuentas a ti de su vida. ²¹ Sin embargo, si tú amonestas al hombre recto para que no peque, y no peca, él vivirá porque fue amonestado y tú te habrás salvado.

➔ El centinela es la persona que vigila, vela, protege y, llegado el caso, defiende. El Señor pone al profeta como centinela de su pueblo (v. 16b), infundiéndole la gracia de ese agudo discernimiento capaz de advertir del peligro mortal que se cierne sobre la conciencia de los otros y de lanzar la alarma. No puede influir en la libertad de los otros; su tarea consiste sólo en erigirse en voz del Señor, y de eso es de lo que se le pedirá cuentas. El profeta que no tema amonestar se salvará por la ingrata tarea realizada. Sorprende que también el justo esté en peligro y pueda caer. Con mayor razón aún, el centinela deberá velar por él, porque a quien mucho se le dio más se le pedirá.

Evangelio: Mateo 9,35–10,1

En aquel tiempo, ³⁵ Jesús recorría todos los pueblos y aldeas, enseñando en sus sinagogas, anunciando la Buena Noticia del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias.

^{9,36} Al ver a la gente, sintió compasión de ellos, porque estaban cansados y abatidos como ovejas sin pastor. ³⁷ Entonces dijo a sus discípulos:

–La mies es abundante, pero los obreros son pocos. ³⁸ Rogad, por tanto, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies.

^{10,1} Jesús llamó a sus doce discípulos y les dio poder para expulsar espíritus inmundos y para curar toda clase de enfermedades y dolencias.

➔ El evangelista nos presenta el relato del ministerio ordinario del Señor. La peregrinación de Jesús por pue-

blos y ciudades aparece repleta de milagros y parábolas. Es el modelo de la obra misionera de la predicación del Reino, desarrollada primero en las sedes oficiales: las sinagogas. La acción pastoral del Señor tiene en cuenta al hombre completo: Jesús enseña y predica, pero también cura las enfermedades y dolencias de toda clase. Ante sus ojos divinos pasa la imagen concreta de una humanidad cansada y extenuada, sin nadie a quien dirigirse. Es el rostro que presenta la historia bajo la esclavitud del mal, el rostro de los oprimidos de todos los tiempos, por los que el amor divino experimenta aún compasión y viene en su ayuda con pastores según su corazón.

MEDITATIO

La particular solicitud por la salvación de los otros, por la verdad, por el amor y la santidad de todo el pueblo de Dios, por la unidad espiritual de la Iglesia, que nos ha sido confiada por Cristo junto con la potestad sacerdotal, se explica de varias maneras [...].

Sois portadores de la gracia de Cristo, Eterno Sacerdote, y del carisma del buen pastor. No lo olvidéis jamás; no renunciéis nunca a esto; debéis actuar conforme a ello en todo tiempo, lugar y modo. En esto consiste el arte máxima a la que Jesucristo os ha llamado. «Arte de las artes es la guía de las almas», escribía san Gregorio Magno.

Os digo, por tanto, siguiendo sus palabras: esforzaos por ser los «maestros» de la pastoral. Ha habido ya muchos en la historia de la Iglesia. ¿Es necesario citarlos? Nos siguen hablando a cada uno de nosotros, por ejemplo, san Vicente de Paúl, san Juan de Ávila, el santo cura de Ars, san Juan Bosco, el beato Maximiliano María Kolbe y tantos otros (Juan Pablo II, *Carta a los obispos y a los sacerdotes*, Jueves Santo de 1979, 6).

ORATIO

Te amo, oh mi Dios.
 Mi único deseo es amarte
 hasta el último suspiro de mi vida.
 Te amo, oh infinitamente amoroso Dios,
 y prefiero morir amándote
 que vivir un instante sin Ti.
 Te amo, oh mi Dios, y mi único temor es ir al in-
 fierno
 porque ahí nunca tendría la dulce consolación de tu
 amor.
 Oh mi Dios,
 si mi lengua no puede decir
 a cada instante que te amo,
 por lo menos quiero
 que mi corazón lo repita cada vez que respiro.
 Ah, dame la gracia de sufrir mientras te amo
 y de amarte mientras sufro,
 y el día que me muera
 no sólo amarte, sino sentir también que te amo.
 Te suplico que, mientras más cerca esté de mi hora
 final,
 aumentes y perfecciones mi amor por Ti.
 Amén.

CONTEMPLATIO

Algunos dichos del santo:

«La mayor de las tentaciones es no tener ninguna».

«Es nuestro orgullo lo que nos impide ser santos».

«Los santos se conocían a sí mismos mejor de lo que
 conocían a los otros: por esa razón eran humildes».

«El hombre tiene una hermosa tarea: orar y amar».

«La Santa Virgen es como una madre que tiene muchos hijos: está continuamente ocupada yendo de uno a otro».

«Los pecados que se esconden volverán a salir todos a flote».

«El sacerdocio es el amor del corazón de Jesús».

«El hombre, creado por amor, no puede vivir sin amor: o ama a Dios, o ama al mundo».

ACTIO

Repite y medita a menudo durante el día esta enseñanza del santo:

«El pecado es el verdugo del buen Dios y el asesino del alma».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Se dice que el sacramento de la penitencia está en crisis, pero ¿está en crisis porque los que deben ser perdonados no se preocupan y no se dan cuenta, o está en crisis porque los ministros ya no viven la pasión y la muerte del Señor que perdona?

Acudamos al ejemplo del santo cura de Ars. Éste era su tormento: quería confesar, y una de las pruebas más grandes de su vida fue que, cuando fue enviado como párroco a Ars, se dio cuenta de que no se confesaba nadie. No dijo: «Peor para ellos», no hizo una estadística. No; se consumía ante el sacramento de día y de noche, porque quería que los pecadores se confesaran y tenía un sentido tan vivo del pecado de estas criaturas que no vivía en paz. El sufrimiento por el pecado significaba que era, en el fondo, la matriz de este carácter ministerial que se expresaba después con la asiduidad al sacramento del perdón. Al final de su vida estaba totalmente identificado con el confesionario, incluso con la materialidad del habitáculo, en el que estaba prisionero día y noche.

Poco antes de morir, confesó a dos personas intemperantes e insensatas que no se detuvieron ni siquiera ante un moribundo. Él no se negó: vivir no era importante, confesar era esencial (A. Ballestrero, *Alla scuola del Curato d'Ars*, Casale Monf. 1995, pp. 50ss).

Transfiguración del Señor

6 de agosto

Del mismo modo que el episodio de la transfiguración prepara en el evangelio a los apóstoles para entrar en la comprensión del misterio de la pasión-muerte de Jesús, así también en la Iglesia, casi con el mismo propósito, se celebra la fiesta de la Transfiguración cuarenta días antes de la correspondiente a la Exaltación de la Cruz. La fiesta de la Transfiguración ya aparece desde el siglo V en el calendario de la liturgia oriental para recordar la subida de Jesús al monte Tabor con Pedro, Santiago y Juan, testigos privilegiados de su gloria. El episodio está atestiguado de manera concorde por los evangelios sinópticos. La fiesta se difundió rápidamente también en la Iglesia romana, pero no fue introducida oficialmente hasta el año 1457, con ocasión de una victoria obtenida contra los turcos.

LECTIO

Primera lectura: Daniel 7,9-10.13ss

⁹ Mientras yo continuaba observando, alguien colocó unos tronos y un anciano se sentó. Sus vestiduras eran blancas como la nieve y sus cabellos como lana pura; su trono eran llamas; sus ruedas, un fuego ardiente; ¹⁰ fluía un río de fuego que salía de delante de él; miles de millares lo servían y miríadas de miríadas estaban de pie ante él. El tribunal se sentó y se abrieron los libros.

¹³ Seguía yo contemplando estas visiones nocturnas y vi venir sobre las nubes alguien semejante a un hijo de hombre; se dirigió hacia el anciano y fue conducido por él. ¹⁴ Se le dio poder, gloria y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le servían. Su poder es eterno y nunca pasará, y su Reino jamás será destruido.

➔ Al profeta se le revela, en una visión nocturna, el designio de Dios sobre la historia. Ve la sucesión de los grandes imperios y de sus violentos dominadores (7,2-8), mas este espectáculo de la altivez humana se interrumpe: a Daniel se le ha concedido contemplar los acontecimientos desde el punto de vista del Señor de la historia. Él es el Juez omnipotente (*cf.* v. 10), que conoce y valorará definitivamente la obra de los hombres, pero es también alguien que *interviene* en el tiempo para rescatarlo: en efecto, a los reinos terrenos se contraponen el Reino que el «Anciano» confía a la obra de un misterioso «Hijo de hombre» que viene sobre las nubes (vv. 13ss). El autor sagrado indica así que este personaje es un hombre, aunque es de origen divino, celeste.

Ya no se trata del Mesías davídico esperado para restaurar con poder el Reino de Israel, sino de su transfiguración sobrenatural: el Hijo del hombre inaugurará un Reino que, aunque se inserta en el tiempo, «no es de este mundo» (Jn 18,36).

Éste triunfará al final sobre los imperialismos mundanos, llevando la historia a su cumplimiento escatológico. Entonces «los santos del Altísimo» participarán plenamente en la soberanía del Hijo del hombre y constituirán una sola cosa con él y en él (Dn 7,18.22.27). Con esta figura bíblica se identificará Jesús a menudo en su predicación y, en particular, en la hora decisiva del proceso ante el Sanedrín que le condenará a morir en la cruz.

Segunda lectura: 2 Pedro 1,16-19

Queridos: ¹⁶ Cuando os dimos a conocer la venida en poder de nuestro Señor Jesucristo, no lo hicimos inspirados por fantásticas leyendas, sino porque fuimos testigos oculares de su grandeza. ¹⁷ Él recibió, en efecto, honor y gloria de Dios Padre cuando se escuchó sobre él aquella sublime voz de Dios: «Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco». ¹⁸ Y ésta es la voz, venida del cielo, que nosotros escuchamos cuando estábamos con él en el monte santo.

¹⁹ Tenemos también la palabra de los profetas, que es firmísima, y hacéis bien en dejaros iluminar por ella, pues es como una lámpara que alumbraba en la oscuridad hasta que despunte el día y el lucero matutino se alce en vuestros corazones.

➔ Pedro y sus compañeros han contemplado la grandeza de Jesús, han oído la voz celestial que le proclamaba Hijo predilecto, por eso se reconocen portadores de una gracia mayor que la de los profetas. En efecto, pueden confirmar por experiencia personal la veracidad de las profecías a las que Jesús da cumplimiento. La palabra del Antiguo Testamento, sin embargo, no ha agotado su tarea de «lámpara que alumbraba en la oscuridad» (v. 19): deberá seguir siempre alumbrando los pasos de los creyentes que avanzan en medio de las tinieblas de la historia hasta el día sin ocaso de la venida de Cristo en la gloria (cf. v. 19). En este camino, la visión radiante de Jesús transfigurado, que los apóstoles nos atestiguan, sostiene nuestra fe y enciende de deseo nuestra esperanza: el «lucero de la mañana» se alza ya en el corazón de quien vela expectante.

Evangelio (ciclo B): Mateo 17,1-9

En aquel tiempo, ¹ tomó Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los llevó a un monte alto a solas. ² Y se transfiguró ante ellos. Su rostro brillaba como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. ³ En esto, vieron a

Moisés y a Elías que conversaban con Jesús. ⁴ Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús:

–Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres hago tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

⁵ Aún estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió, y una voz desde la nube decía:

–Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco, escuchadlo.

⁶ Al oír esto, los discípulos cayeron de bruces, aterrados de miedo. ⁷ Jesús se acercó, los tocó y les dijo:

–Levantaos, no tengáis miedo.

⁸ Al levantar la vista no vieron a nadie más que a Jesús. ⁹ Y cuando bajaban del monte, Jesús les ordenó:

–No contéis a nadie esta visión hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.

➔ Mateo conecta la transfiguración con la promesa que hace Jesús a sus discípulos: «*Os aseguro que algunos de los aquí presentes no morirán sin ver al Hijo del hombre venir como rey*» (16,28). La promesa se cumple, al menos como prenda, «*seis días después*» (17,1). La transfiguración viene a confirmar así la fe de los apóstoles expresada por Pedro en Cesarea de Filipo (16,16), y a superar su oposición a la perspectiva de la pasión predicha por Jesús. Éste pide a quien quiera seguirle la participación en sus sufrimientos (16,21-27). El desenlace del camino es, no obstante, glorioso, y este acontecimiento extraordinario lo prueba. Pedro, Santiago y Juan pueden ver con sus propios ojos que Jesús es verdaderamente el Hijo del hombre glorioso, que concluirá la historia inaugurando el Reino de Dios. Pueden constatar que, en Jesús, llegan a su cumplimiento las expectativas de Israel: junto a él aparecen Moisés y Elías, testigos privilegiados de Dios en el Sinaí, que han forjado y sostenido la fe del pueblo.

Mientras la nube luminosa de la presencia de YHWH envuelve a los presentes, una voz revela la identidad ab-

solamente única e incomparable de Jesús. La invitación a escucharle es así extraordinariamente comprometida: la palabra del Hijo predilecto será más vinculante que las palabras de la Ley de Moisés, más penetrante que las palabras de los profetas que invitan a la conversión... En efecto, Mateo presenta aquí a Jesús como el nuevo Moisés que asciende al monte a encontrarse con Dios: Moisés recibe la llamada a entrar en la nube «*tras seis días*» de espera» (Ex 24,15-18a) y, tras haber hablado con Dios, la piel del rostro se le vuelve radiante (Ex 34,28-35). Se comprende bien así el sagrado temor de los apóstoles frente a esta teofanía que manifiesta a Jesús como el Revelador de Dios (v. 5), y cuya palabra es la ley perfecta y definitiva: «*No vieron a nadie más que a Jesús*» (v. 8). Ahora bien, esta anticipación de la gloria del Maestro no debe hacer olvidar a los apóstoles el camino ya trazado: el Hijo del hombre atravesará las tinieblas de la muerte y será su radiante vencedor (v. 9).

Evangelio (ciclo B): Marcos 9,2-10

En aquel tiempo, ² Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, los llevó a solas a un monte alto y se transfiguró ante ellos. ³ Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como ningún batanero del mundo podría blanquearlos. ⁴ Se les aparecieron también Elías y Moisés, que conversaban con Jesús.

⁵ Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús:

—Maestro, ¡que bien estamos aquí! Vamos a hacer tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

⁶ Estaban tan asustados que no sabía lo que decía.

⁷ Vino entonces una nube que los cubrió y se oyó una voz desde la nube:

—Éste es mi Hijo amado; escuchadlo.

⁸ De pronto, cuando miraron alrededor, vieron sólo a Jesús con ellos. ⁹ Al bajar del monte, les ordenó que no contaran a

nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del hombre hubiera resucitado de entre los muertos.

¹⁰ Ellos guardaron el secreto, pero discutían entre sí sobre lo que significaría aquello de resucitar de entre los muertos.

➡ El relato de Marcos tiene una connotación particular de absolutidad que no admite matices de componendas. Absoluta es la exigencia de soledad, de separación del contexto habitual (v. 2b); absoluto es el contraste entre el aspecto de Jesús, contemplado por los tres apóstoles, y la experiencia común (v. 3). Las figuras de Moisés y Elías evocan asimismo una decisión neta y radical: en virtud de su excepcional experiencia en el Horeb/Sinaí y de la fe vivida integralmente, eran esperados, respectivamente, como el profeta (Moisés) que viene a introducir al Profeta definitivo, y como el precursor del Mesías (Elías, *cf.* v. 11).

El discípulo se da cuenta de su propia inadecuación. Las palabras de Pedro no son disparatadas: probablemente, el acontecimiento tuvo lugar el séptimo día de la fiesta de las Chozas, durante la cual vivía la gente en tiendas hechas con ramas; aunque, a buen seguro, la realidad de que es testigo la supera infinitamente. El Maestro aparece como el cumplimiento de las expectativas de Israel, y mucho más: es el Hijo amado, como declara la voz que sale de la nube de la Presencia de YHWH. Y la invitación que sigue no deja lugar a la duda: «*Escuchadlo*» (v. 7). La palabra de Jesús tenía, por consiguiente, el peso de la autoridad divina cuando, pocos días antes, había predicho de manera abierta su crucifixión y la había propuesto a los discípulos como camino necesario (8,31.34-37). Ahora bien, si esta exigencia de adhesión absoluta a la palabra y a la misma persona de Jesús trae consigo la perdición de nosotros mismos, ofrece también la promesa de la vida verdadera en el Reino de Dios (8,35). La promesa de algo cuya realización se entrevé en el monte de la transfiguración y de lo

que Pedro, Santiago y Juan preguntan el cumplimiento en la belleza que irradia del rostro de Jesús.

Evangelio (ciclo C): Lucas 9,28b-36

En aquel tiempo, ²⁸ Jesús tomó consigo a Pedro, a Juan y a Santiago y subió al monte para orar. ²⁹ Mientras oraba, cambió el aspecto de su rostro y sus vestidos se volvieron de una blancura resplandeciente. ³⁰ En esto aparecieron conversando con él dos hombres. Eran Moisés y Elías, ³¹ que, resplandecientes de gloria, hablaban del éxodo que Jesús había de consumir en Jerusalén. ³² Pedro y sus compañeros, aunque estaban cargados de sueño, se mantuvieron despiertos y vieron la gloria de Jesús y a los dos que estaban con él. ³³ Cuando éstos se retiraban, Pedro dijo a Jesús:

–Maestro, ¡qué bien estamos aquí! Vamos a hacer tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

Pedro no sabía lo que decía. ³⁴ Mientras estaba hablando, vino una nube y los cubrió, y se asustaron al entrar en la nube. ³⁵ De la nube salió una voz que decía:

–Éste es mi Hijo elegido; escuchadlo.

³⁶ Mientras sonaba la voz, Jesús se quedó solo. Ellos guardaron silencio y no contaron a nadie por entonces nada de lo que habían visto.

➔ El evangelista Lucas, al referir el acontecimiento de la transfiguración, señala que Jesús se retira a la soledad para orar, como sucederá en otro momento fundamental de su misión (en el Getsemaní). La transfiguración, en efecto, representa un preanuncio de la pasión, pero supone ya también el primer resplandor de la gloria divina del Hijo, llamado a ser el Siervo de YHWH para la salvación de los hombres.

Es en medio de la oración cuando Jesús se transfigura y deja aparecer su identidad sobrenatural; y la gloria que habita en él se vuelve espacio abierto para la comunicación con las figuras gloriosas de la historia sagrada

de Israel (vv. 30ss). Moisés y Elías son los protagonistas de un éxodo muy diferente en las circunstancias, aunque idéntico en su motivación: la fidelidad absoluta a Dios. Ellos son los interlocutores más autorizados para hablar con Jesús «*de su éxodo*» (v. 31 al pie de la letra) que se habría de producir en Jerusalén. La luz que irradia de la transfiguración (v. 29) representa, por tanto, para Jesús una claridad interior sobre su camino terreno. Esta luz cubre también finalmente a los apóstoles, espectadores atónitos del acontecimiento.

Mientras Moisés y Elías se separan de Jesús, y Pedro parece querer detener el tiempo (v. 33), la presencia de lo sobrenatural «*cubrió*» a los tres discípulos en forma de nube. Se trata de la nube traslúcida de la presencia de Dios, que oculta y despeja al mismo tiempo. Es el misterio que se revela permaneciendo incognoscible. Desde su inaprensible oscuridad, Pedro, Santiago y Juan reciben la luz más fúlgida: la voz divina proclama la identidad de Jesús, Hijo y Siervo de YHWH (el «*elegido*»: cf. Is 42,1). Con la invitación a escucharle cesa la voz, desaparecen los extraordinarios interlocutores: se queda Jesús solo, Palabra salida del seno del Silencio. Y en absorto silencio, los apóstoles reemprenden con él el camino (v. 36).

MEDITATIO

Existe una llama interior que arde en las criaturas y canta su pertenencia a Dios, y gime por el deseo de él. Existe un hilo de oro sutil que une los acontecimientos de la historia en la mano del Señor, a fin de que no caigan en la nada, y los conectará finalmente en un bordado maravilloso. El rostro de Cristo está impreso en el corazón de cada hombre y le constituye en amado de Dios desde la eternidad. Y están, a continuación, nuestros pobres ojos ofuscados..., acostumbrados a dispersarse en la curiosidad epidérmica e insaciable, trastor-

nados por múltiples impresiones; nosotros no sabemos ya orientar la mirada al centro de cada realidad, a su fuente. Nos volvemos incapaces de asumir la mirada de Dios sobre las cosas, porque nuestra lógica y nuestra práctica se orientan en dirección opuesta a la suya, en su esfuerzo por no perder nuestra vida, por no tomar nuestra cruz. Sólo cuando Jesús nos deja entrever algo de su fulgurante misterio nos damos cuenta de nuestra habitual ceguera.

La luz de la transfiguración viene a hendir hoy, si lo queremos, nuestras tinieblas. Ahora bien, debemos acoger la invitación a retirarnos a un lugar apartado con Jesús subiendo a un monte elevado, es decir, aceptar la fatiga que supone dar los pasos concretos que nos alejan de un ritmo de vida agitado y nos obligan a prescindir de los fardos inútiles. Si fuéramos capaces de permanecer un poco en el silencio, percibiríamos su radiante Presencia. La luz de Jesús en el Tabor nos hace intuir que el dolor no tiene la última palabra. La última y única Palabra es este Hijo predilecto, hecho Siervo de YHWH por amor. *Escuchémoslo* mientras nos indica el camino de la vida: vida resucitada *en cuanto* dada. *Escuchémoslo* mientras nos indica con una claridad absoluta los pasos diarios. *Escuchémoslo* mientras nos invita a bajar con él hacia los hermanos. Entonces el lucero de la mañana se alzaré en nuestros corazones e, iluminando nuestra mirada interior, nos hará vislumbrar –en la opacidad de las cosas, en la oscuridad de los acontecimientos, en el rostro de cada nombre– a Dios «*todo en todos*», eterna meta de nuestra peregrinación en el tiempo.

ORATIO

Jesús, tú eres Dios de Dios, luz de luz. Nosotros lo creemos, pero nuestros ojos son incapaces de reconocer tu belleza en las humildes apariencias de que te revistes.

Purifica, oh Señor, nuestros corazones, porque sólo a los limpios de corazón has prometido la visión de Dios. Concédenos la pobreza interior que nos hace atentos a su Presencia en la vida diaria, capaces de percibir un rayo de tu luz hasta en los lugares donde todo aparece oscuro e incomprensible. Haznos silenciosos y orantes, porque tú eres la Palabra salida del silencio que el Padre nos pide que escuchemos. Ayúdanos a ser tus verdaderos discípulos, dispuestos a perder la vida cada día por ti, por el Evangelio; haz crecer tu amor en nosotros para ser contigo siervos de los hermanos y ver en cada hombre la luz de tu rostro.

CONTEMPLATIO

Antes de tu cruz preciosa, antes de tu pasión, tomando contigo a los que habías elegido entre tus sagrados discípulos, subiste al monte Tabor, oh Soberano, queriendo mostrarles tu gloria. Y ellos, al verte transfigurado y más resplandeciente que el sol, caídos rostro en tierra, se quedaron atónitos frente a la soberanía, y aclamaban: «Tú eres, oh Cristo, la luz sin tiempo y la irradiación del Padre, aunque, voluntariamente, te hagas ver en la carne, permaneciendo inmutable».

Tú, Dios Verbo, que existes antes de los siglos, tú que te revistes de luz como de un manto, transfigurándote delante de tus discípulos, oh Verbo, refulgiste más que el sol. Estaban junto a ti Moisés y Elías, para indicar que eres el Señor de vivos y de muertos y para dar gloria a tu economía inefable, a tu misericordia y a tu gran condescendencia, por la que salvaste al mundo, que se perdía por el pecado.

Nacido de nube virginal y hecho carne, transfigurado en el monte Tabor, Señor, y envuelto por la nube luminosa, mientras estaban contigo tus discípulos, la voz

del Padre te manifestó distintamente como Hijo amado, consustancial y reinante con él. De ahí que Pedro, lleno de estupor, exclamara: «¡Qué bien estamos aquí!», sin saber lo que decía, oh misericordiosísimo Benefactor (*Anthologhion di tutto l'anno*, Roma 2000, IV, pp. 871ss).

ACTIO

Repite a menudo y vive hoy la Palabra:

«A tu luz vemos la luz» (Sal 35,10).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Si supiéramos reconocer el don de Dios, si supiéramos experimentar estupor, como el pastor Moisés, ante todas las zarzas que arden en los bordes de nuestros caminos, comprenderíamos entonces que la transfiguración del Señor –la nuestra– empieza con un cierto cambio de nuestra mirada. Fue la mirada de los apóstoles la que fue transfigurada; el Señor permanece el mismo.

La cotidianidad de nuestra vida, trivial y extraordinaria, debería revelar entonces su deslumbrante profundidad. El mundo entero es una zarza ardiente, todo ser humano –sea cual sea la impresión que suscita en nosotros– es esta profundidad de Dios. Todo acontecimiento lleva en él un rayo de su luz. Nosotros, que hemos aprendido a mirar hoy tantas cosas, ¿hemos aprendido los datos elementales de nuestro oficio de hombres? Se vive, en efecto, a la medida del amor, pero se ama a la medida de lo que se ve. Ahora, en la transfiguración, nuestra visión participa en el misterio, de ahí que el amor esté en condiciones de brotar de nuestros corazones como fuego que arde sin consumir, y así puede enseñarnos a vivir.

Debemos pasar de la somnolencia de la que habla el evangelio a la auténtica vela, a la vigilancia del corazón. Cuando despertemos se nos dará la alegría inagotable de la cruz. Al ver, por fin, en la fe, al hombre en Dios y a Dios en el hombre

—Cristo— nos volveremos capaces de amar y el amor saldrá victorioso sobre toda muerte.

El Señor se transfiguró orando; también nosotros seremos transfigurados únicamente en la oración. Sin una oración continua, nuestra vida queda desfigurada. Ser transfigurados es aprender a ver la realidad, es decir, a nuestro Dios, a Cristo, con los ojos abiertos de par en par. Ciertamente, en este mundo de locos, siempre tendremos necesidad de cerrar los ojos y los oídos para recuperar un cierto silencio. Es necesario, es como una especie de ejercicio para la vida espiritual. Sin embargo, la vida, la que brota, la vida del Dios vivo, es contemplarlo con los ojos abiertos. Él está en el hombre, nosotros estamos en él. Toda la creación es la zarza ardiente de su *parusía*. Si nosotros «esperásemos con amor su venida» (2 Tim 4,8), daríamos un impulso muy diferente a nuestro servicio en este mundo (J. Corbon, *La gioia del Padre*, Magnano 1997).

Santo Domingo

8 de agosto

Nació en Caleruega (Burgos), en España, en 1172. Hacia 1196 se convirtió en canónigo del capítulo de la catedral de El Burgo de Osma (Soria). Acompañó al obispo Diego en una importante misión por el norte de Europa. Al pasar por el sur de Francia, vio claramente el daño que la herejía cátara estaba haciendo entre los fieles y maduró el designio de reunir a algunas personas que se dedicaran a la evangelización a través de la predicación pobre, estable y organizada del Evangelio.

Este proyecto, aprobado por vez primera por Inocencio III, fue reconocido definitivamente por Honorio III el 22 de diciembre de 1216. Este último llamó «Hermanos Predicadores» a sus miembros. Domingo diseminó de inmediato a los hermanos que le siguieron por las regiones más remotas de Europa. Solía decir: «No es bueno que el grano se amontone y se pudra». Precisó en dos congregaciones generales los fundamentos y los elementos arquitectónicos de su familia religiosa: vida en común pobre y obediente, la oración litúrgica, el estudio asiduo de la Verdad ordenado a la predicación, entendida como contemplación en voz alta, participación en la misión propia de la Iglesia, sobre todo en las tierras todavía no evangelizadas.

Hombre genial, sabio, misericordioso, era «tierno como una madre y fuerte como el diamante» (Lacordaire). Murió en Bolonia el 6 de agosto de 1221. Gregorio IX lo canonizó el 3 de julio de 1234.

LECTIO

Primera lectura: 2 Timoteo 4,1-8

Querido: ¹ Ante Dios y ante Jesucristo, que manifestándose como rey ha de venir a juzgar a vivos y muertos, te ruego encarecidamente: ² Predica la Palabra, insiste a tiempo y a des-tiempo, corrige, reprende y exhorta usando la paciencia y la doctrina. ³ Porque vendrá el tiempo en que los hombres no soportarán la sana doctrina, sino que, llevados de sus propias concupiscencias, se rodearán de multitud de maestros que les dirán palabras halagadoras, ⁴ apartarán los oídos de la verdad y se volverán a las fábulas. ⁵ Tú, sin embargo, procura ser prudente siempre, soporta el sufrimiento, predica el Evangelio y conságrate a tu ministerio.

⁶ Yo ya estoy a punto de ser derramado en libación, y el momento de mi partida es inminente. ⁷ He combatido el buen combate, he concluido mi carrera, he guardado la fe. ⁸ Sólo me queda recibir la corona de salvación, que aquel día me dará el Señor, juez justo, y no sólo a mí, sino también a todos los que esperan con amor su venida gloriosa.

➔ La apremiante exhortación del apóstol está situada en el marco del juicio que el Padre ha confiado a Cristo y en el horizonte de la manifestación de su gloria y de la venida del Reino. Y esta misma exhortación es la que, a lo largo de los siglos, ha orientado e inspirado el camino de todas las personas enviadas a continuar la misión del Verbo, a fin de anunciar la Palabra, a fin de hacer converger en esta misión todas las posibilidades y energías de la mente y del corazón y no escatimar nada, sobre todo cuando el anuncio sufre oposición y llevarlo adelante cuesta trabajo, exige vigilancia, fuerza y perseverancia para no sucumbir a las amenazas, las dificultades y los conflictos.

Su tenacidad está apoyada por la confianza en el Pastor supremo, que vela sobre el camino de sus misioneros

y, mientras potencia su cumplimiento, prepara la corona de justicia reservada a todos aquellos que esperan con amor su manifestación.

El anuncio de la Palabra es testimonio de la resurrección, anticipa y prepara su disfrute: está inmerso en el horizonte de la venida del Reino, y los ministros del Evangelio aman con corazón magnánimo, piensan y transmiten, con riqueza doctrinal y con la energía de la convicción y del convencimiento, la verdad que hace viva y activa la memoria de la bienaventurada esperanza, y ardiente y sincera la imploración de la manifestación gloriosa de Cristo.

Evangelio: Mateo 28,16-20

En aquel tiempo, ¹⁶ los once discípulos fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había citado. ¹⁷ Al verlo, lo adoraron; ellos que habían dudado. ¹⁸ Jesús se acercó y se dirigió a ellos con estas palabras:

–Dios me ha dado autoridad plena sobre cielo y tierra. ¹⁹ Poneos, pues, en camino, haced discípulos a todos los pueblos y bautizadlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ²⁰ enseñándoles a poner por obra todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo.

➡ El texto revela las prerrogativas, el contenido y los caminos por los que el Evangelio penetra en los corazones humanos. La misión a la que Jesús resucitado, antes de subir al Padre, asocia a su Iglesia vivificada por el Espíritu, es la de ser sal y luz del mundo, la de volver sávida, sabrosa y resplandeciente la Verdad que es él y que revela el misterio del Padre.

Jesús es la verdadera luz que ilumina el camino humano, es vida y amor que une. El anuncio de su Evangelio se vuelve elocuente por las obras que él mismo vi-

vifica y pide realizar. Las palabras remueven, los ejemplos atraen. Las obras buenas tienen un fuerte poder de implicación y glorificación del Padre. Por eso, los mensajeros del Evangelio deben ser luminosos, resplandecientes, y no por ostentación, sino por la caridad de la verdad que los inspira.

Están al servicio de la Palabra, no son ni los dueños ni los árbitros de la misma: son auténticos y fieles cuando viven el mensaje por completo y realizan las iniciativas oportunas para que sea conocido no de un modo sectorial o veleidoso, sino con un verdadero consentimiento, que es tanto más él cuanto menos fragmentario y selectivo sea.

MEDITATIO

Domingo, fiel a la consigna del Señor, exigía que la predicación de sus hermanos brotara de la comunión en la verdad y de la contemplación. Pedía realizar la verdad, configurarse a ella en la vida y en el anuncio, no como se acostumbra a hacerlo en un lugar o en otro, sino como lo exige la Palabra de Dios transmitida por la Iglesia. Quería que antepusieran la verdad a la oportunidad, de modo que la verdad amada, contemplada, celebrada, estudiada, anunciada, alabada, constituyera el marco de su vida.

La verdad tiene sus exigencias imprescindibles. Se abre camino por convencimiento, no por constricción, y por eso exige una profunda comunión de vida, celebración ferviente de su belleza, asiduo estudio de sus expectativas, vida ejemplar. La convicción es fruto de una inteligencia amorosa y desemboca en el obrar por el deseo de semejanza con el ser amado. No pasa de una persona a otra; se engendra en cada persona que llega a ella bajo el estímulo de la palabra y del ejemplo. Esto hace,

ciertamente, que el mensajero del Evangelio sea un mendicante de verdad, con todo el rigor del término.

La verdad que anuncia no es suya, no puede hacer lo que quiera con ella; implora que le sea dada, la admira, la estudia, la contempla, hace todo para que sea amada, realizada. Ora e implora a fin de que los corazones humanos no se cierren a la escucha, aunque sabe que esto deriva preponderantemente del consentimiento de la persona a la gracia. Cuando lo ha hecho todo se siente un siervo inútil y, junto a la persona que cree, alaba al Dios de la misericordia y de la luz. Esta orientación de vida ha sido traicionada con frecuencia. Los resultados negativos de esta omisión agudizan la nostalgia de que el anuncio del Evangelio se inspire siempre en el ejemplo de los apóstoles vivificados por el Espíritu y vaya acompañado por la imploración del perdón y de la misericordia.

ORATIO

En tu Providencia, oh Dios, enviaste a la humanidad sedienta a santo Domingo, heraldo de tu verdad, tomada de la fuente del Salvador. Sostenido siempre por la Madre de tu Hijo y abrasado de celo por las almas, asumió para sí y para sus discípulos, recogidos por el Espíritu Santo, el ministerio del Verbo, llevando a Cristo con la doctrina y con el ejemplo a innumerables hermanos. Atento a hablar contigo y de ti, creció en la sabiduría y, haciendo brotar el apostolado de la contemplación, se consagró totalmente a la renovación de la Iglesia...

Para el esplendor y la defensa de la misma, quisiste que restableciera la vida de los apóstoles. Él, siguiendo las huellas del Cristo pobre, con la predicación volvió a llamar a los errantes a la verdad evangélica y conquistó para Cristo a innumerables hermanos; reunió con sabi-

duría en torno a sí a otros discípulos, a fin de que sostenidos por la luz de la ciencia se consagraran a la salvación de la humanidad (de los dos *Prefacios* del rito dominicano, que celebran la gloria de santo Domingo).

CONTEMPLATIO

[Habla Dios Padre:] Y si miras la barquilla de tu padre Domingo, hijito mío amado, él la ordenó con un orden perfecto y quiso que atendiera sólo a mi honor y a la salvación de las almas con la luz de la ciencia. Sobre esta luz quiso constituir su principio, sin estar privada, no obstante, de la pobreza verdadera y voluntaria. Incluso la tuvo, y en señal de que la tenía y le disgustaba lo contrario, dejó en testamento a los suyos como herencia su maldición, si poseían o tomaban posesión alguna, en particular o en general, como señal de que había elegido como esposa a la reina de la pobreza.

Sin embargo, como su objeto más propio tomó la luz de la ciencia, a fin de extirpar los errores que se habían levantado en aquel tiempo. Tomó el ministerio de mi Hijito el Verbo unigénito. Aparecía directamente en el mundo un apóstol que con mucha verdad y luz sembraba mi palabra, levantando las tinieblas y dando la luz. Fue una luz que se puso en el mundo por medio de María, puesto en el cuerpo místico de la santa Iglesia como extirpador de las herejías. ¿Por qué dije «por medio de María»? Porque le dio el hábito, el ministerio de mi bondad encomendado a ella... Hizo que su barquilla estuviera atada con estas tres cuerdas: la obediencia, la continencia y la verdadera pobreza; la hizo completamente generosa, alegre, olorosa: un jardín repleto de todo deleite en sí mismo (Catalina de Siena, *Diálogo*, Siena 1995, pp. 539ss [edición española: *El diálogo*, Ediciones Rialp, Madrid 1956]).

ACTIO

Repite y medita a menudo durante el día esta expresión gemidora de santo Domingo:

«Ten piedad, Señor, de tu pueblo; si no, ¿qué será de los pecadores?».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El primer modo de orar consistía en humillarse ante el altar como si Cristo, representado en él, estuviera allí real y personalmente, y no sólo a través del símbolo. Se comportaba así en conformidad al siguiente fragmento del libro de Judit: Te ha agrada-do siempre la oración de los mansos y humildes (Jdt 9,16). Por la humildad obtuvo la cananea cuanto deseaba (Mt 15,21-28), y lo mismo el hijo pródigo (Lc 15,11-32). También se inspiraba en estas palabras: Yo no soy digno de que entres en mi casa (Mt 8,8); Señor, ante ti me he humillado siempre (Sal 146,61). Y así, nuestro Padre, manteniendo el cuerpo erguido, inclinaba la cabeza y, mirando humildemente a Cristo, le reverenciaba con todo su ser, considerando su condición de siervo y la excelencia de Cristo. Enseñaba a hacerlo así a los frailes cuando pasaban delante del crucifijo, para que Cristo, humillado por nosotros hasta el extremo, nos viera humillados ante su majestad. Mandaba también a los frailes que se humillaran de este modo ante el misterio de la Santísima Trinidad, cuando se cantara el Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. [...]

Después de esto, santo Domingo, ante el altar de la iglesia o en la sala capitular, se volvía hacia el crucifijo, lo miraba con suma atención y se arrodillaba una y otra vez; hacía muchas genuflexiones. A veces, tras el rezo de completas y hasta la media noche, ora se levantaba, ora se arrodillaba, como hacía el apóstol Santiago, o el leproso del evangelio que decía, hincado de rodillas: Señor, si quieres, puedes curarme (Mt 8,2); o como Esteban, que, arrodillado, clamaba con fuerte voz: No les tengas en cuenta este pecado (Hch 7,60). El padre santo Domingo tenía una gran confianza en la misericordia de Dios, en favor suyo,

en bien de todos los pecadores y en el amparo de los frailes jóvenes que enviaba a predicar. [...] Enseñaba a los frailes a orar de esta misma manera, más con el ejemplo que con las palabras (I. Taurisano, *I nove modi di pregare di san Dominico*, ASOP 1922, pp. 96ss).

San Lorenzo

10 de agosto

Lorenzo nació en Huesca (España). El papa Sixto II le recibió en Roma. Fue archidiácono al servicio de la Iglesia en tiempos de persecución. Cuando el 6 de agosto del año 258 fue llevado el papa al suplicio, le recomendó que distribuyera entre los pobres los bienes de la Iglesia y le profetizó el martirio, lo que tuvo lugar el 10 de agosto. El emperador Valeriano le condenó a morir en una parrilla. Sus reliquias se encuentran en San Lorenzo Extramuros.

LECTIO

Primera lectura: 2 Corintios 9,6-10

Hermanos: ⁶ Tened esto presente: el que siembra con miseria, miseria cosecha; el que siembra generosamente, generosamente cosecha. ⁷ Que cada uno dé según su conciencia, no de mala gana ni como obligado, porque Dios ama al que da con alegría. ⁸ Dios, por su parte, puede colmaros de dones, de modo que teniendo siempre y en todas las cosas lo suficiente, os sobre incluso para hacer toda clase de obras buenas. ⁹ Así lo dice la Escritura: *Distribuyó con largueza sus bienes a los pobres, su generosidad permanece para siempre.*

¹⁰ El que proporciona simiente al que siembra y pan para que se alimente, os proporcionará y os multiplicará la simiente y hará crecer los frutos de vuestra generosidad.

➔ Son muchas las pobrezas humanas: espirituales, materiales, culturales, morales. Mas no hay ninguna a la que no pueda llegar y colmar la caridad. Dios mismo se muestra siempre espléndido, como fuente de su seno trinitario, en todo impulso dinámico y consiguiente fecundidad de frutos. La criatura se convierte en su instrumento. Cuanto más da, más goza del amor divino, porque éste se trasvasará aún en mayor cantidad y se verterá en ella al encontrar una plena consonancia. Por eso recogerá con largueza: Dios mismo cultivará cuanto siembra y hará fructificar la obra del justo realizada con su amor.

Evangelio: Juan 12,24-26

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: ²⁴ Yo os aseguro que el grano de trigo seguirá siendo un único grano, a no ser que caiga dentro de la tierra y muera; sólo entonces producirá fruto abundante. ²⁵ Quien vive preocupado por su vida, la perderá; en cambio, quien no se aferre excesivamente a ella en este mundo, la conservará para la vida eterna. ²⁶ Si alguien quiere servirme, que me siga; correrá la misma suerte que yo. Todo aquel que me sirva será honrado por mi Padre.

➔ Unirse al Hijo es entrar en la dinámica de amor que le hace una sola cosa con el Padre. «Servir» al Hijo significa «reinar» en él y con él en el corazón del Padre, y constituirá la complacencia de su paternidad divina. Servir al Hijo es asociarse a él y a su obra redentora. Jesús no deja sobrentendidos a la exigencia de tal seguimiento: por amor al Padre y al hombre, el Hijo se entrega por completo, da su propia vida en una muerte destinada al misterio de una fecundidad que inserta la inmediatez histórica en un horizonte trascendente. También el discípulo se ve llamado así a perpetuar en el tiempo un acto de amor de valor eterno y divino.

MEDITATIO

Cuando el emperador le ordenó entregar las riquezas de la Iglesia, el diácono Lorenzo se presentó al juez con los pobres de Roma, declarando: «¡Aquí están los tesoros de la Iglesia!». De inmediato dio la orden de torturarlo hasta la muerte. La *Passio* cuenta que, invitado aún a sacrificar a los dioses, respondió: «Me ofrezco a Dios como sacrificio de suave olor, porque un espíritu contrito es un sacrificio a Dios». El papa Dámaso († 384) escribió en la inscripción que hizo poner en la basílica dedicada al mártir: «Sólo la fe de Lorenzo pudo vencer los azotes del verdugo, las llamas, los tormentos, las cadenas. Por la súplica de Dámaso, colma de dones estos altares, admirando el mérito del glorioso mártir».

El papa Juan Pablo II, en la memoria jubilar de los mártires del siglo XX, dijo en el Coliseo comentando el texto de Jn 12,25: «Se trata de una verdad que frecuentemente el mundo contemporáneo rechaza y desprecia, haciendo del amor hacia sí mismo el criterio supremo de la existencia. Pero los testigos de la fe, que también esta tarde nos hablan con su ejemplo, no buscaron su propio interés, su propio bienestar, la propia supervivencia, como valores más grandes que la fidelidad al Evangelio. Incluso en su debilidad, ellos opusieron firme resistencia al mal. En su fragilidad resplandeció la fuerza de la fe y de la gracia del Señor» (Juan Pablo II, *Homilía*, 7 de mayo de 2000).

ORATIO

El Soberano y Señor te ha dado, oh mártir, como ayuda el carbón ardiente: quemado por él, dejaste pronto la tienda de barro y heredaste la vida y el Reino inmorta-

les. Por eso celebramos nosotros, con gozo, tu fiesta, oh bienaventurado Lorenzo coronado.

Resplandeciendo por el Espíritu divino como carbón encendido, Lorenzo victorioso, archidiácono de Cristo, quemaste la espina del engaño: por eso fuiste ofrecido en holocausto como incienso racional a aquel que te exaltó, llegando a la perfección con el fuego. Protege, por tanto, de toda amenaza a cuantos te honran, oh hombre de mente divina (*de un antiguo texto de la Iglesia bizantina*).

CONTEMPLATIO

[San Lorenzo], como ya se os ha explicado más de una vez, era diácono de aquella Iglesia [la de Roma]. En ella administró la sangre sagrada de Cristo; en ella, también, derramó su propia sangre por el nombre de Cristo. [...] Amó a Cristo durante su vida, lo imitó en su muerte.

También nosotros, hermanos, si amamos de verdad a Cristo, debemos imitarlo. La mejor prueba que podemos dar de nuestro amor es imitar su ejemplo, porque *Cristo padeció por nosotros, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas*. [...]

Entendamos, pues, de qué modo el cristiano ha de seguir a Cristo, además del derramamiento de sangre, además del martirio. [...] *Cristo se rebajó*: esto es, cristiano, lo que debes tú procurar (Agustín de Hipona, *Sermón 304*).

ACTIO

Repite a menudo y medita durante el día la Palabra: «*A los pobres los tenéis siempre con vosotros*» (Jn 12,8).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El perfume agradable corresponde, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, a la dimensión estrictamente constitutiva de la teología del sacrificio. En Pablo, es expresión de una vida que se ha vuelto pura, de la que no se desprende ya el mal olor de la mentira y de la corrupción, de la descomposición de la muerte, sino el soplo refrescante de la vida y del amor, la atmósfera que es conforme a Dios y sana a los hombres. La imagen del perfume agradable está unida también a la del hacerse pan: el mártir se ha vuelto como Cristo; su vida se ha convertido en don. De él no procede el veneno de la descomposición del ser vivo por el poder de la muerte; de él emana la fuerza de la vida: edifica vida, del mismo modo que el buen pan nos hace vivir. Su entrega en el cuerpo de Cristo ha vencido el poder de la muerte: el mártir vive y da vida precisamente con su muerte y, de este modo, entra él mismo en el misterio eucarístico. El mártir es fuente de fe.

La representación más popular de esta teología eucarística del martirio la encontramos en el relato de san Lorenzo sobre la parrilla, que ya desde tiempos remotos fue considerado como la imagen de la existencia cristiana: las angustias y las penas de la vida pueden convertirse en ese fuego purificador que lentamente nos va transformando, de suerte que nuestra vida llegue a ser don para Dios y para los hombres (J. Ratzinger, *Conferenza per il XXIII Congresso eucaristico nazionale*, Bolonia 1997).

Santa Clara de Asís

11 de agosto

Clara nació en Asís el año 1193 (o 1194). Hija de noble familia, fue educada por su madre en la fe cristiana, pero al escuchar y ver a su conciudadano Francisco en la nueva vida evangélica que éste había emprendido comprendió que quería llevar la misma forma de seguimiento de Jesús. Con su hermana, que la seguirá quince días después de su huida del palacio, vive en el monasterio de San Damián, situado fuera de los muros de Asís, «según la forma del santo Evangelio», obteniendo de los papas el singular «privilegio de la pobreza». Fueron muchas las compañeras que la imitaron. Juntas constituyeron la primera comunidad de «Hermanas pobres», para las cuales, y ya en sus últimos años, escribió Clara –primera mujer que lo hizo en la historia de la Iglesia– una *Regla*. Ésta fue aprobada por Inocencio IV en 1254, pocos días antes de la muerte de Clara. Se conserva el Proceso de su canonización, que tuvo lugar en 1255. Es un documento de excepcional valor para conocer la experiencia de la «plantita de Francisco».

LECTIO

Primera lectura: 1 Corintios 1,26-31

Hermanos: ²⁶ Considerad quiénes habéis sido llamados, pues no hay entre vosotros muchos sabios según los criterios

del mundo, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. ²⁷ Al contrario, Dios ha escogido lo que el mundo considera necio, para confundir a los sabios; ha elegido lo que el mundo considera débil, para confundir a los fuertes; ²⁸ ha escogido lo vil, lo despreciable, lo que no es nada a los ojos del mundo, para anular a quienes creen que son algo. ²⁹ De este modo, nadie puede presumir delante de Dios. ³⁰ A él debéis vuestra existencia cristiana, ya que Cristo se ha hecho para nosotros sabiduría divina, salvación, santificación y redención. ³¹ De esta manera, como está escrito, *el que quiera presumir, que lo haga en el Señor.*

➡ Pablo opone a los corintios, tentados de dar crédito a quien haga la mayor ostentación de capacidades intelectuales o de prestigio humano, el modo de proceder de Dios. Y lo hace con tres ejemplos: la cruz, elegida por Dios como medio de salvación (*cf.* vv. 18-25), la vocación recibida (*cf.* vv. 25-31) y el estilo de Pablo en la predicación del Evangelio (*cf.* 2,1-5). El fragmento litúrgico elegido para celebrar la fiesta de santa Clara presenta el segundo ejemplo.

Los corintios no fueron llamados a la fe en virtud de sus propias prerrogativas (v. 26), sino sólo gracias a la libre elección de Dios, que prefiere como instrumento de su obra en el mundo lo que parece inadecuado desde el punto de vista humano (vv. 27ss; *cf.* Jue 6,15; 1 Sm 16,7). El motivo es evidente: que nadie pueda gloriarse más que en el Señor (vv. 29.31; *cf.* Jr 9,22ss). Dios es quien toma la iniciativa de llamar a la existencia en la comunión consigo en Cristo, el cual es fuente de la verdadera sabiduría, de la liberación del pecado, de la salvación (v. 30). Esto sí que es para el cristiano motivo de orgullo (v. 30).

Evangelio: Mateo 11,25-30

En aquel tiempo dijo Jesús: ²⁵ Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los

sabios y prudentes, y se las has dado a conocer a los sencillos. ²⁶ Sí, Padre, así te ha parecido bien. ²⁷ Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y al Padre no lo conoce más que el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar. ²⁸ Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. ²⁹ Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy sencillo y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras vidas. ³⁰ Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.

➔ La plegaria de bendición que dirige Jesús al Padre exalta la sabiduría divina, tan diferente a la humana. Dios, en su libertad (que coincide con el amor: v. 26), ha manifestado en Jesús el misterio de su voluntad, es decir, la comunión trinitaria en la que desea hacer participar al hombre. Esta voluntad amorosa, conocida sólo por el Hijo, ha sido revelada ahora a quien opta por escuchar sus palabras (v. 27).

Jesús bendice al Padre, que no coarta la libertad del hombre, y constata que sólo «*los pequeños*» –esto es, los que están abiertos a recibir el don– lo acogen, mientras que «*los sabios y los prudentes*» se quedan encerrados en su presunción, autoexcluyéndose del conocimiento del amor divino (v. 25).

La obra de Jesús es conforme a la del Padre (cf. Jn 5,19). De hecho (vv. 28-30), se dirige a los «*fatigados y agobiados*» (v. 28) por los fardos de la Ley, interpretada de una manera rígida por las autoridades judías para aplicarla a la gente (cf. Mt 23,4), y les ofrece el «*alivio*» de la auténtica Ley («*mi yugo*»: v. 29) que él proclama, que es la consumación de la antigua (cf. Mt 5,17; 7,29).

Los sentimientos de quienes ponen en práctica la Ley –que, según las Escrituras, expresa la voluntad de Dios– no serán la presunción ni el atropello, sino la humildad y la mansedumbre, a ejemplo del mismo Jesús (v. 29b).

MEDITATIO

Le place a Dios confiar sus tesoros a quienes no se consideran con derecho a recibirlos y a quienes no parecen ser especialmente idóneos para la tarea. ¡Extraña lógica la de Dios! De hecho, a menudo no la comprendemos, y ahí están nuestras opciones para demostrarlo. Para nosotros, es absurdo no perseguir el poder, la riqueza, el prestigio, no intentar afirmarnos sobre los otros.

Dios ha recorrido un camino diferente, aun siendo omnipotente y omnisciente y origen de todas las cosas. De este modo, el Padre nos quiere hacer comprender que él no puede ser asido ni poseído por el hombre, sino recibido como don. Cuanto más llenos estemos de nosotros mismos, en peores condiciones de acogerlo nos encontraremos.

Mirando a Francisco de Asís, Clara comprendió la verdad de este modo de ser del Dios de Jesús, comprendió su belleza. Su vida pobre, defendida con pasión y humilde tenacidad, se nos ofrece ahora a nosotros como ejemplo. Clara escogió la pobreza porque es el medio que eligió primeramente el Señor Jesús para hacernos conocer su amor y el del Padre sin posibilidad de equívocos.

Este amor fue vivido por Clara con las hermanas que se le unieron, y lo irradiaba por encima de los muros del monasterio: «Clara callaba, mas su fama era un clamor. Se recataba en su celda, mientras su nombre y su vida se pronunciaban en las ciudades», escribía el papa en la bula de canonización. Pobre de bienes, débil por la larga enfermedad, Clara encontró reposo en el Señor vivo y presente, como ella misma dijo al final de su vida: «Desde que conocí la gracia de Dios por medio de su siervo Francisco, ninguna tribulación ha sido dura, ninguna fatiga...».

ORATIO

«Vete segura en paz, porque tendrás buena escolta: el que te creó, antes te santificó y, después de que te creó, puso en ti el Espíritu Santo, y siempre te ha mirado como la madre al hijo a quien ama». Y añadió: «¡Bendito seas Tú, Señor, porque me has creado!» («Proceso de canonización de santa Clara», 3,20, en *Fuentes franciscanas*, Padua 1982, 2.332).

CONTEMPLATIO

Oh reina nobilísima: Observa, considera, contempla, con el anhelo de imitarle, a tu Esposo, el más bello entre los hijos de los hombres (Sal 43,3), hecho por tu salvación el más vil de los varones: despreciado, golpeado, azotado de mil formas en todo su cuerpo, muriendo entre las atroces angustias de la cruz.

Porque, si sufres con él, reinarás con él (Rom 8,17); si con él lloras, con él gozarás; si mueres con él en la cruz de la tribulación, poseerás las moradas eternas en el esplendor de los santos, y tu nombre, inscrito en el libro de la vida, será glorioso entre los hombres (2 Tim 2,11-12). Y así obtendrás para siempre, por los siglos de los siglos, la gloria del Reino celestial en lugar de los honores terrenos y transitorios, participarás de los bienes eternos a cambio de los perecederos y vivirás por los siglos de los siglos (Clara de Asís, «Segunda carta a Inés de Praga», 20-23, en *Fuentes franciscanas*, Padua 1982, 2.288).

ACTIO

Repite a menudo durante el día la oración de santa Clara:

«¡Bendito seas Tú, Señor, porque me has creado!».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Tanto para Clara como para Francisco, el primado se lo lleva el señorío de Dios sobre toda la vida y todas las cosas; la centralidad de toda la vida, la voluntad y la acción está constituida por Cristo; la dinámica de la vida de penitencia o de conversión sólo la da y sólo hemos de buscarla en el Espíritu Santo; pero esto es más que suficiente para definir la contemplación auténticamente cristiana [...].

Clara no hace coincidir nunca contemplación y clausura, la contemplación como conocimiento amoroso de Cristo y un hecho material como la clausura. Tanto para Clara como para Francisco (es cierto, no obstante, que los acentos de Clara son femeninos), la contemplación es asiduidad con la palabra leída en las sagradas Escrituras, aunque también escuchada y recibida por los hermanos como comida y alimento de la fe y del alma; la contemplación es oración continua atendiendo al Señor y a todas las criaturas.

Es propio y específico de Clara haber dado a la contemplación una dimensión propiamente evangélica: no era para ella una actividad extraordinaria, reservada a una élite, a los privilegiados de la cultura, sino una actitud cotidiana en el ámbito de la humilde realidad de las cosas, de las labores cotidianas. La contemplación, para Clara, es vida en Cristo, es sacrificio vivo y espiritual ofrecido al Señor. Es significativo que la única referencia que hace Clara a la página del encuentro de Jesús con María y Marta (cf. Lc 10,38-42), que se había convertido en su tiempo en un lugar clásico para afirmar el primado de la vida contemplativa sobre la activa, determina lo único necesario de este culto de la vida a Dios (cf. Rom 12,1) y no entrevé ninguna oposición entre acción y contemplación.

La contemplación, por tanto, para Clara y Francisco, no es sólo conocer a Dios, sino también ver a los hombres y a las criaturas como los ve Dios. Clara llama a Inés «alegría de los ángeles» (*Carta tercera* 3, 11) y registra de un modo nuevo las cosas de Dios, las criaturas de las que siempre ve brotar una alabanza, una acción de gracias al Dios altísimo y creador (E. Bianchi, *La contemplazione in Francesco e Chiara d'Assisi*, Magnano 1995).

San Maximiliano María Kolbe

14 de agosto

Nació en Polonia en 1894. A los 13 años entró en los menores conventuales. Una vez terminados sus estudios filosóficos y teológicos en Roma, instituyó en ella la «Milicia de la Inmaculada», en 1917. Tras ser ordenado sacerdote en 1927, fundó en su patria la «Ciudad de la Inmaculada», centro de vida espiritual y de actividad editorial. Ejerció como misionero en Japón y volvió a Polonia en 1936, donde prosiguió su intensa obra de apostolado. Durante la Segunda Guerra Mundial fue deportado al campo de concentración de Auschwitz, donde murió al ofrecer su vida por la de un compañero de prisión, el 14 de agosto de 1941. Fue beatificado por Pablo VI en 1971 y canonizado con el título de mártir por Juan Pablo II en 1982.

LECTIO

Primera lectura: 1 Juan 3,13-18

¹³ No os extrañéis, hermanos, si el mundo os odia. ¹⁴ Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte. ¹⁵ Todo el que odia a su hermano es homicida, y sabéis que ningún homicida posee vida eterna. ¹⁶ En esto hemos conocido lo que es el amor: en que él ha dado su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos. ¹⁷ Si alguien que tiene bienes de

este mundo ve a su hermano en necesidad y no se apiada de él, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? ¹⁸ Hijos míos, no amemos de palabra ni con la boca, sino con hechos y de verdad.

➔ La primera carta de Juan ahonda en el tema del amor recíproco. Éste tiene su fuente en el amor de Dios y representa la característica distintiva del cristiano auténtico. En este marco y en el pasaje que nos ocupa resulta significativa la doble contraposición muerte/vida y odio/amor (vv. 13-15). Quien odia a su prójimo es un homicida y permanece en la muerte. Sólo el que ama al hermano posee en sí mismo la vida eterna, esto es, la presencia de Dios, que por medio del Espíritu comunica su amor al creyente y le hace partícipe del misterio de la vida trinitaria.

Todo bautizado está llamado a imitar a su propio Maestro y Señor (v. 16ab), dando un testimonio concreto de su propia fe en la encarnación del Hijo de Dios y del consiguiente mandamiento nuevo del amor fraterno con opciones de vida coherentes y una caridad activa con el prójimo (vv. 16c-18).

Evangelio: Juan 15,12-17

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ¹² Mi mandamiento es éste: Amaos los unos a los otros, como yo os he amado. ¹³ Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos. ¹⁴ Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. ¹⁵ En adelante, ya no os llamaré siervos, porque el siervo no conoce lo que hace su señor. Desde ahora os llamo amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre.

¹⁶ No me elegisteis vosotros a mí; fui yo quien os elegí a vosotros. Y os he destinado para que vayáis y deis fruto abundante y duradero. Así, el Padre os dará todo lo que le pidáis en mi nombre. ¹⁷ Lo que yo os mando es esto: que os améis los unos a los otros.

► Como discípulos de Jesús, debemos amarnos los unos a los otros como él nos amó, hasta la entrega suprema de nosotros mismos, que constituye la cumbre del amor (vv. 12ss). Seremos amigos de Jesús y sus verdaderos seguidores si ponemos en práctica el mandamiento nuevo del amor; él nos ofrece a cambio su amistad. No basta con acoger el don de la intimidad divina, sino que es preciso alimentarlo con un compromiso activo de vida. A los amigos se les revela el misterio del Padre; por eso, el Hijo es el mediador de la amistad entre el hombre y Dios (vv. 14ss). Jesús subraya que la vocación recibida por los apóstoles, a quienes les ha confiado el mandato de la misión, es iniciativa suya. El fruto del que habla Jesús es la difusión de la fe. Ahí reside también la importancia de la oración, que adquiere su eficacia cuando se dirige al Padre en nombre del Hijo (v. 16). El hecho de permanecer en el amor de Jesús debe fructificar en el amor mutuo (v. 17).

MEDITATIO

Dar la vida es manifestar la cumbre del amor, dijo Jesús. Eso es lo que hizo él, y a eso mismo nos llama a nosotros. Aparecen los vértigos, como si estuviéramos al borde de un abismo. Estamos así instintivamente aferrados a nuestra vida, una vida que sentimos muy breve y frágil... La retenemos de una manera tenaz entre nuestras manos. *De la vida como posesión a la vida como don*: ése es el gran desafío, que revela –a nosotros mismos antes que a los otros– «quiénes somos» y «quiénes queremos ser».

«Podríamos decir que el banco de prueba del valor y, por consiguiente, del significado de una persona es, para el hombre contemporáneo, la “cotidianidad”. En el caso del padre Kolbe, ¿cuántos son capaces de pensar, frente a una experiencia tan extraordinaria, que ésta

estuvo preparada por toda una vida llevada bajo la enseñanza de una “cotidianidad extraordinaria”, que, tal vez, sea la única que está en condiciones de madurar para los grandes momentos?» (G. Barra). Dar la vida no es cuestión de un momento, sino una opción fundamental repetida cada día: la de decir «sí» a la oferta de amistad que Dios nos propone. No es cuestión de un impulso del corazón en algún momento especial, sino de gestos concretos ordinarios que saben de calor, de compartir con los demás, de entrega verdadera. Esto es posible para todos, para cada uno que acoja la llamada del Señor y le responda con el amor a los hermanos. Es «en el marco de una vida entregada y empleada realmente por un ideal tan arrollador donde puede madurar y donde se puede comprender el acto sublime que coronó la existencia del padre Maximiliano, la consumación cruenta de una oblación constante realizada a lo largo de toda una vida, el sello a una fidelidad indefectible a lo “terrible cotidiano”» (G. Barra).

ORATIO

Algunas invocaciones de san Maximiliano María Kolbe:

«Reina en mí, oh Dios mío, y permíteme difundir en todos tu Reino a través de la Inmaculada».

«Oh María, concebida sin pecado, ora por nosotros, los que recurrimos a ti, y por cuantos no lo hacen; en particular, por los enemigos de la santa Iglesia y por aquellos que te han sido encomendados».

«¡Gloria a la Inmaculada por todo!»

«¡Oh Inmaculada, soy tuyo!»

«Virgen Inmaculada, Madre mía, María, te renuevo, hoy y para siempre, la consagración de toda mi persona, a fin de que dispongas de mí para el bien de las almas. Sólo te pido, oh Reina mía y Madre de la Iglesia,

cooperar fielmente en tu misión para la venida de Jesús al mundo. Te ofrezco, por tanto, oh Corazón Inmaculado de María, las oraciones, las acciones y los sacrificios de este día» (*Consagración cotidiana a María de la Milicia de la Inmaculada*).

CONTEMPLATIO

Algunos dichos de san Maximiliano María Kolbe:

«Lo primero que tenemos que hacer es trabajar en nuestro propio perfeccionamiento».

«La humildad es lo más difícil de conquistar en el trabajo por nuestra propia santificación».

«La oración es una condición indispensable para la regeneración y para la vida de toda alma».

«Todo lo puedo en Aquel que me da fuerza a través de la Inmaculada».

«Sin un espíritu de penitencia y de renuncia de nosotros mismos no se puede ser amor».

«Sin amor, no puede haber virtud alguna; con amor, todas».

«Busca sólo la gloria de Dios, con serenidad».

«El amor mutuo es lo principal».

«Trabaja, a través de la Inmaculada, por la salvación de las almas».

ACTIO

Repite con frecuencia y medita durante el día esta expresión típica de Maximiliano María Kolbe:

«Sólo el amor crea».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En todos los continentes, o casi, es conocida y notoria la figura de san Maximiliano María Kolbe. Y quien ha recibido el don de acercarse a él, queda profundamente conquistado por el santo. Porque se quedará tan presente en su propia vida, que sentirá la necesidad de invocarlo, imitarlo y enamorarse de su poliédrica figura de hombre, sacerdote, religioso, apóstol y mártir. «Sólo el amor crea», había repetido miles y miles de veces el padre Kolbe durante su vida. «Sólo el amor crea», cantaban las obras que iba ideando y concretando una tras otra, a fin de llevar la vida de la verdad a cada hombre con la imprenta; para llevar las ondas de la vida a cada casa por medio de la radio; para dar un signo de la vida eterna a través de las esculturas y las pinturas de los hermanos. Y en sus largos viajes no perdía la ocasión de acercarse al ateo, al masón, al judío, al incrédulo, al cristiano adormecido en su fe, para que el nuevo destello de la vida iluminara el camino que lleva a la salvación.

«Sólo el amor crea», ha ido repitiendo el papa «venido de lejos», cada vez que se detiene a hablar de este hombre: el hombre de nuestro tiempo, el hombre de la magna y profunda herencia. La herencia espiritual de san Maximiliano María Kolbe no tiene límites. La consagración total a la Inmaculada con propósitos apostólicos, que él vivía y promovía, es y debe ser una verdadera espiritualidad. Indudablemente, es una herencia muy comprometedora, porque se trata de imitar a aquel que nos la ha dejado. A saber: se trata no de tener «algo» de él (posibles reliquias, algún autógrafo, su biografía, etc.), sino de poseer su espíritu, porque de los santos queda sobre todo lo que han hecho, actuando según la voluntad de Dios. Recoger su herencia significa permitir a Dios que obre en nosotros como obró en ellos. Como obró en san Maximiliano María Kolbe y en muchos de sus seguidores (L. Faccenda [ed.], «Un cuore donato. San Massimiliano María Kolbe», suplemento a *Milizia Mariana* 4 [1994] 11; 51ss; 75).

San Juan Eudes

19 de agosto

Juan Eudes nació en 1601 en Normandía. Fue ordenado sacerdote el día 20 de diciembre de 1625. Centrado en Cristo sacerdote, su deseo era «restaurar en su esplendor el orden sacerdotal». Con algunos sacerdotes más fundó una congregación dedicada, además de a los ejercicios de las misiones, a la formación espiritual y doctrinal de los sacerdotes y de los candidatos al sacerdocio. Así comenzó la Congregación de Jesús y María. También fundó la orden de Nuestra Señora de la Caridad, para acoger y ayudar a las mujeres y a las jóvenes maltratadas por la vida.

Hizo amar a Cristo y a la Virgen María, hablando sin cesar de su corazón.

Murió el 19 de agosto de 1680. El papa Pío XI lo canonizó el 31 de mayo de 1925.

LECTIO

Primera lectura: 2 Timoteo 4,1-8

¹ Yo te conjuro ante Dios y ante Jesucristo, que ha de venir como rey a juzgar a los vivos y a los muertos: ² predica la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, corrige, exhorta con toda paciencia y con preparación doctrinal. ³ Pues vendrá el tiempo en que los hombres no soportarán la sana

doctrina, sino que, llevados de sus caprichos, buscarán maestros que les halaguen el oído; ⁴ se apartarán de la verdad y harán caso de los cuentos. ⁵ Pero tú estate siempre alerta, soporta con paciencia los sufrimientos, predica el Evangelio, cumple bien con tu trabajo.

⁶ Yo estoy ya a punto de ser ofrecido en sacrificio; el momento de mi partida está muy cerca. ⁷ He combatido el buen combate, he concluido mi carrera, he conservado la fe; ⁸ sólo me queda recibir la corona merecida, que en el último día me dará el Señor, justo juez; y no sólo a mí, sino también a todos los que esperan con amor su venida.

➔ En los versículos de esta carta pastoral se refleja la preocupación por el peligro de errores doctrinales en la comunidad de Timoteo. El tono es serio y solemne, y pone como testigos al mismo Dios y a Cristo, en cuanto juez de vivos y muertos, para rogar encarecidamente al presbítero Timoteo que no pierda ocasión para anunciar a todos y en todas partes el Evangelio de la salvación. Como animador de la comunidad, debe sentirse responsable del anuncio de la doctrina correcta, cuidando de no caer en las fábulas de los falsos maestros. Incluso, debe esforzarse por corregirlos. A pesar de las dificultades, no debe rendirse, y siempre tiene que estar vigilante y ser capaz de soportar los contratiempos que le pueden venir por el anuncio del Evangelio.

Con la imagen del atleta queda patente la alegría de quien está llegando a la meta. Se ha esforzado en la carrera, ha mantenido la fe, ha sido fiel a su vocación. Ahora aguarda feliz la corona de justicia no como un premio debido, sino como respuesta amorosa prometida a todos los que esperan con amor la venida gloriosa de Cristo.

Evangelio: Mateo 23,1-12

¹ Entonces Jesús dijo a la gente y a sus discípulos: ² «Los maestros de la Ley y los fariseos se sientan en la cátedra de

Moisés. ³ Haced y guardad lo que os digan, pero no hagáis lo que ellos hacen, porque dicen y no hacen. ⁴ Atan cargas pesadas e insoportables y las echan a los hombros del pueblo, pero ellos ni con un dedo quieren moverlas. ⁵ Hacen todas sus obras para que los vean los demás. Ensanchan sus filacterias y alargan los flecos del manto. ⁶ Les gusta ocupar los primeros puestos en los banquetes y en las sinagogas, ⁷ ser saludados en las plazas y que les llamen ¡maestros! ⁸ Pero vosotros no os dejéis llamar maestro, porque uno es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos. ⁹ A nadie en la tierra llaméis padre, porque uno sólo es vuestro Padre, el celestial. ¹⁰ Ni os dejéis llamar preceptores, porque uno sólo es vuestro preceptor: el Mesías. ¹¹ El más grande de vosotros que sea vuestro servidor. ¹² Pues el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado».

➔ Este texto del evangelio de Mateo está tomado de la sección en la que Jesús es rechazado por las autoridades religiosas de su tiempo. Lo que le ocurrió al Maestro les sucede más tarde a sus seguidores. La comunidad cristiana de Mateo está en duro conflicto con la sinagoga. Lo que anota aquí el evangelista referido a los dirigentes del judaísmo lo está refiriendo indirectamente a la misma comunidad cristiana.

La primera parte del discurso (vv. 2-7) es una dura crítica a los escribas y fariseos. A través de ella, les dice a los discípulos lo que no deben ser.

La segunda parte (vv. 8-12) retrata el rostro del verdadero discípulo, de toda la comunidad cristiana y de la Iglesia. Dice en positivo lo que deben ser: hermanos en igualdad y serviciales como Cristo.

MEDITATIO

A san Juan Eudes le preocupaban la formación y la actitud de los presbíteros de su tiempo, como a Pablo en el suyo y como a Jesús en todos los tiempos. Dejándo-

nos iluminar por el evangelio de Mateo que hemos leído, meditemos sobre él.

En la primera parte de este discurso, Jesús critica cuatro vicios en los que Dios quiera que nosotros no nos veamos implicados:

– *La incoherencia*: no hacen lo que dicen. No son las palabras lo que cuenta, sino los hechos: «Por sus frutos los conoceréis».

– *La doble moral*: cargan fardos insoportables sobre la gente y ellos no mueven un dedo para ayudarles. Se conforman con la moral externa y vacía de vitalidad. Pero a los demás les señalan con el dedo si no cumplen.

– *La hipocresía*: usan distintivos para ser vistos y reconocidos. Más adelante, Jesús dirá que son sepulcros blanqueados.

– *La vana ostentación*: les gustan los primeros puestos y que les reverencien llamándoles maestros, padres, jefes...

¿Qué tipo de Iglesia y comunidad propone la segunda parte del texto?

– *Igualitaria y fraternal*: fuera honores mundanos, títulos y reverencias. «Todos vosotros sois hermanos». En la comunidad cristiana, todos tienen la misma talla. La auténtica jerarquía sólo destaca como servicio a la fraternidad.

– *Cristocéntrica*: el único maestro y señor es Jesús, el Mesías. Él es el centro, el jefe de la comunidad.

– *Servicial*: la grandeza de los ministerios está en eso, en servir.

Volver a los esquemas jerárquicos que sitúan a las personas en escalafones o niveles de más o menos prestigio es, en la perspectiva de Jesús, no haber entendido en qué consiste el Reino de Dios. No se rechaza la función específica de dirección; lo que Jesús propone y lo

que él mismo vivió es que el que dirige sea el primero en el servicio...

ORATIO

Oración de misericordia a los Corazones de Jesús y María:

Corazón misericordioso de Jesús:

Estampa en nuestros corazones una imagen perfecta de tu gran misericordia, para que podamos cumplir el mandamiento que nos diste: «Serás misericordioso como lo es tu Padre».

Madre de la misericordia:

Vela sobre tanta desgracia, tantos pobres, tantos cautivos, tantos prisioneros, tantos hombres y mujeres que sufren persecución en manos de sus hermanos y hermanas, tanta gente indefensa, tantas almas afligidas, tantos corazones inquietos. Madre de la misericordia, abre los ojos de tu clemencia y contempla nuestra desolación. Abre los oídos de tu bondad y oye nuestra súplica. Amorosísima y poderosísima abogada, demuéstranos que eres la Madre de la Misericordia.

CONTEMPLATIO

El reflejo de una comunidad evangélica y evangelizadora:

Una comunidad dice mucho cuando es de Jesús.

Cuando habla de Jesús y no de sus reuniones.

Cuando anuncia a Jesús y no se anuncia a sí misma.

Cuando se gloria de Jesús y no de sus méritos.

Cuando se reúne en torno a Jesús y no entorno a sus problemas.

Cuando se extiende para Jesús y no para sí misma.

Cuando se apoya en Jesús y no en su propia fuerza.

Cuando vive de Jesús y no vive de sí misma.

Una comunidad dice poco cuando habla de sí misma.
 Cuando comunica sus propios méritos.
 Cuando da testimonio de su compromiso.
 Cuando se gloria de sus valores.
 Cuando se extiende en provecho propio.
 Cuando vive para sí misma.
 Cuando se apoya en sí misma.
 Una comunidad no se tambalea por sus fallos,
 sino por la falta de fe.
 No se debilita por los pecados,
 sino por la ausencia de Jesús.
 No se rompe por las tensiones,
 sino por el olvido de Jesús.
 No se ahoga por falta de aire fresco,
 sino por asfixia de Jesús.
 (Patxi Loidi.)

ACTIO

Decir hoy de corazón:

¡Sagrados Corazones de Jesús y de María, en vos confío!

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

San Juan Eudes nos dejó su manera de orar en cuatro movimientos:

Adorar: contemplar, maravillarse, admirar.

Dar gracias: reconocer los dones del Señor, decir ¡gracias!

Vivir el perdón: tomar conciencia de la distancia que existe entre mi propia vida y las maravillas del Amor de Dios.

Darse a Jesús: darse para ser testigo, darse para la misión.

Estos cuatro movimientos son cuatro actitudes interiores que tenemos que desarrollar y que suponen tomar el tiempo para acogerse a sí mismo, acoger al Otro, Dios, y recibirse de Dios.

Adoremos a Dios en el inmenso amor que tiene por todas sus criaturas y por cada uno de nosotros en particular. Bendigámosle, amémosle.

Agradecemos los innumerables beneficios de su amor.

Pidámosle perdón por nuestras ingratitudes hacia Él y por nuestras faltas de amor con el prójimo.

Démonos al amor de Dios, para que Él elimine todas nuestras resistencias y así reine perfectamente en nosotros.

San Bernardo de Claraval

20 de agosto

Bernardo, primer abad de Clairvaux (Claraval) y doctor de la Iglesia, nació el año 1090 en el seno de una familia noble de Borgoña. Inflamado por el Espíritu y enardecedor de almas desde su juventud, entró a los 20 años en el monasterio de Cîteaux, conquistando para el ideal monástico a muchos jóvenes nobles. Tras ser nombrado en 1115 abad de Claraval, convirtió muy pronto su monasterio en un cenáculo de vida espiritual y en un auditorio del Espíritu Santo. Fue llamado por príncipes, obispos y papas, refutó herejías, defendió los derechos de la Iglesia y al papa legítimo. Como doctor de la unión mística con el Verbo y cantor sublime de la Virgen María, es autor de numerosos tratados, cartas y sermones. Murió en 1153, llorado en Claraval por más de 700 monjes y siendo padre de más de 160 monasterios.

LECTIO

Primera lectura: Eclesiástico 15,1-6

¹ Así hace el que teme al Señor,
y el que abraza la ley alcanza la sabiduría.

² Ella le saldrá al encuentro como una madre
y lo recibirá como una esposa virgen.

³ Lo alimentará con pan de prudencia,
le dará a beber agua de sabiduría.

- ⁴ Si se apoya en ella no vacilará,
 si se abraza a ella no quedará avergonzado;
⁵ ella lo exaltará sobre sus compañeros
 y en medio de la asamblea lo llenará de elocuencia.
⁶ En ella encontrará dicha y corona de alegría,
 y recibirá en herencia un nombre eterno.

➔ Toda la literatura sapiencial afirma que el principio de la sabiduría es el temor de Dios: en el lenguaje de nuestros días podríamos traducir esta expresión por conciencia de sí y conciencia de Dios, o por reconocer nuestros propios límites, para que se conviertan como en un umbral abierto a la totalidad de la verdad.

El primer paso para adentrarse en el gusto por el bien ha sido descrito, por tanto, como una disposición de humilde apertura y escucha cordial, acogida y discipulado. El encuentro con la sabiduría está descrito, a continuación, con la metáfora del enamoramiento, el descubrimiento del bien que fascina y colma las aspiraciones del espíritu. El sabio encuentra en la sabiduría a su propia esposa, la luz ideal que ilumina e inspira, y la escoge por eso como compañera de vida: la sabiduría es el valor sumo que anticipa algo de la eternidad y que nos sostiene en la peregrinación del tiempo.

Las imágenes de plenitud y de gloria que describen este encuentro con una metáfora nupcial fecunda en afirmación y éxito, tienen el mismo significado: el corazón del hombre está orientado estructuralmente por el encuentro y la comunión con el Espíritu de Dios, en quien se realiza plenamente a sí mismo y realiza su propio destino.

Evangelio: Juan 17,20-26

En aquel tiempo, levantando los ojos al cielo, oró Jesús diciendo: «Padre santo, ²⁰ no te ruego solamente por ellos, sino

también por todos los que creerán en mí por medio de su palabra.

²¹ Te pido que todos sean uno. Padre, lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros; de este modo, el mundo podrá creer que tú me has enviado.

²² Yo les he dado a ellos la gloria que tú me diste a mí, de tal manera que puedan ser uno, como lo somos nosotros. ²³ Yo en ellos y tú en mí, para que lleguen a la unión perfecta y el mundo pueda reconocer así que tú me has enviado y que los amas a ellos como me amas a mí. ²⁴ Padre, yo deseo que todos éstos que tú me has dado puedan estar conmigo donde esté yo, para que contemplen la gloria que me has dado, porque tú me amaste antes de la creación del mundo.

²⁵ Padre justo, el mundo no te ha conocido; yo, en cambio, te conozco y todos éstos han llegado a reconocer que tú me has enviado. ²⁶ Les he dado a conocer quién eres, y continuaré dándote a conocer, para que el amor con que me amaste pueda estar también en ellos y yo mismo esté en ellos».

➡ La oración sacerdotal de Jesús abre un fragmento sobre la comunión entre el Padre y el Hijo y sobre el misterio insondable del amor trinitario. En esta profundidad abismal introduce Jesús a sus discípulos: a los apóstoles ayer y a nosotros hoy. La unidad que pide Jesús para su Iglesia es el reflejo de la comunión intratrinitaria: de ahí que no se trate de algo que es fruto, en primer lugar, de un esfuerzo moral o ascético, sino de la participación en la caridad eterna que une al Padre y al Hijo.

Esta página del evangelio es una de las revelaciones más elevadas del misterio del amor de Dios, en el que estamos llamados a vivir. Como el Padre está en Jesús y Jesús en el Padre, así Jesús está en nosotros y nosotros en él. La vida cristiana aparece aquí, esencialmente, como unión mística con Cristo y, en él, con el Padre. La sublimidad de la contemplación no es algo etéreo o abstracto, sino una realidad simple y ontológica: la unión con Dios en la unidad del Espíritu. El testimonio que debemos dar al mundo, a los hermanos, es, esencial-

mente, esta unidad existencial, vital: Jesús está en nosotros como él está en el Padre. *«Para que lleguen a la unión perfecta y el mundo pueda reconocer así que tú me has enviado y que los amas a ellos como me amas a mí»* (cf. v. 23).

MEDITATIO

Bernardo eligió ser monje, es decir, discípulo de Cristo, y lo fue durante la mayor parte de su propia vida, durante más de cuarenta años. Su experiencia monástica –el deseo de Dios y de ser una sola cosa con él– nos suministra la clave para la interpretación de su vida y de su vastísima obra. Como dice el evangelio, buscando antes que nada el Reino de Dios, todo le fue dado por añadidura: una admirable sabiduría en las cosas divinas y humanas, una capacidad extraordinaria para fascinar a las almas y llevarlas a Cristo, una genialidad sorprendente y un discernimiento iluminado puesto al servicio de la Iglesia.

Bernardo, hombre dotado de dones de la naturaleza y de la gracia, escritor brillante de estilo fascinante e imperecedero, hombre de pensamiento reconocido y apreciado entre los más grandes del siglo, fue antes que nada un amante del silencio del claustro, un enamorado del Verbo, un lector asiduo de la Escritura: la palabra de la Biblia forja su predicación y sus escritos, el amor divino absorbe su contemplación y le hace doctor de la caridad. La largura, la anchura, la altura y la profundidad del misterio de Dios que vive Bernardo y al que conduce tienen un carácter eminentemente vital, místico, y, en este sentido concreto, es siempre actual. El calor de su humanidad se vuelve transparencia, pedagogía, espejo donde se refleja la proximidad de Dios al camino del hombre, en la vía que conduce al encuentro con Él.

ORATIO

Señor Dios mío, ¿por qué no anulas mi pecado? ¿Por qué no eliminas mi iniquidad? Así, tras descargarme del grave peso de mi voluntad, podré respirar bajo el leve peso de la caridad e, impulsado por tu Espíritu, que es espíritu de libertad, recibiré de él el testimonio para mi espíritu de que también yo soy uno de tus hijos y existo sobre esta tierra como imitador tuyo (Bernardo de Claraval, *Liber de diligendo Deo*, 36).

Dichoso aquel que, en todo lugar, te toma como guía, Señor Jesús. Que nosotros, tu pueblo y ovejas de tu rebaño, te sigamos, por medio de ti y hacia ti, porque tú eres el camino, la verdad y la vida: el camino por el ejemplo que das, la verdad por la promesa que haces, la vida por la recompensa que concedes. Tú tienes, en efecto, las palabras de vida eterna; nosotros reconocemos y creemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo, Dios por encima de todo, bendito por los siglos (Bernardo de Claraval, *Sermoni dell'Ascensione* 2, 6).

CONTEMPLATIO

Algunos dichos de san Bernardo:

«El motivo para amar a Dios es Dios mismo».

«A Dios le buscamos con el deseo».

«No buscarías a Dios si antes no hubieras sido buscado por él, ni amarías a Dios si antes no hubieras sido amado por él».

«Dios mismo infunde en el alma el deseo, que no es otra cosa más que una inspirada avidez de santo amor».

«Quien se adhiere a Dios forma un solo espíritu con él».

«La obediencia vuelve a abrir el ojo que la desobediencia había cegado».

«Ver a Dios no es otra cosa más que ser como él es».

«Ésta es la alegría perfecta: tener una sola voluntad con Dios».

ACTIO

Repite a menudo durante el día con san Bernardo:

«La medida del amor es amar sin medida».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El fin del hombre es el reconocimiento de la verdad, que es Dios, lo que implica el conocimiento de la relación del hombre con Dios, que es una relación de indigencia. Como el obstáculo es el orgullo, el remedio es la humildad; la condición es la gracia, el encuentro con Dios en Cristo. El resultado es la estima del hombre por su dignidad recuperada de imagen de Dios: mientras que la ignorancia de sí y el orgullo disminuyen el valor del hombre, la humildad, reconocimiento de la necesidad de Dios, pero también de la capacidad de Dios que hay en el hombre, revela a éste lo que él mismo es. De este modo, «sale» de él mismo y se eleva, crece, «se extiende» a nuevas dimensiones, las del amor a Dios y al prójimo. El ser humilde se vuelve manso, misericordioso. Así, la fe vivida y, por así decirlo, transformada en humildad, en caridad, hace, según los modos de hablar de nuestro tiempo, salir al «mí mismo» del «yo»: despierta al yo a la libertad del «mí mismo», le hace convertirse en persona en presencia de Dios, en comunión de solidaridad con todos.

En Bernardo está siempre presente este mensaje de gloria, condicionado por su mensaje de humildad, este realismo extremo en la consideración de la miseria del hombre, y esta confianza indefectible en la gloria que está ya en él y no espera más que manifestar sus efectos. La función de la expresión literaria será hacer ver un poco de esta luz oculta que percibe la mirada de la fe. En Bernardo, como también en otros grandes espirituales que fueron escritores, la intensidad de la experiencia ex-

plica el carácter ferviente, apasionado de la expresión y, por consiguiente, la parte de exageración que ésta pueda tener: tanto si evoca las profundidades de nuestra bajeza o la sublimidad de las visitas del Verbo, parece ir a veces demasiado lejos, rebasar los límites de lo razonable y, en todo caso, de lo normal y de lo habitual. A decir verdad, se limita simplemente a revelar, a propósito de él mismo, lo que puede ser el caso de todos. Sus escritos manifiestan un pensamiento a la vez contemplativo y tan comprometido como es posible. Cada uno de ellos empezó siendo un acto bien preciso, pero en cada uno de ellos alcanza Bernardo lo universal. Cuanto más lúcido es un ser sobre sí mismo, más ilumina a los otros sobre ellos mismos (J. Leclercq, *Bernardo de Claraval*, Edicep, Valencia 1991, pp. 212-213).

San Pío X

21 de agosto

Giuseppe Sarto nació el 2 de junio de 1835 en Riese, provincia de Treviso, en el seno de una familia campesina. Su madre, viuda con diez hijos, le hizo terminar los estudios en el seminario. Giuseppe fue ordenado sacerdote a los 23 años. En 1875 era canónigo en Treviso; en 1884, obispo de Mantua; en 1893, patriarca de Venecia, y, por último, el 4 de agosto de 1903, papa. Su lema fue «renovar todo en Cristo». Murió el 20 de agosto de 1914. Su *Catecismo* se hizo célebre.

LECTIO

Primera lectura: 1 Tesalonicenses 2,2b-8

² Como sabéis, os anunciamos el Evangelio en medio de muchas dificultades, pero llenos de confianza en nuestro Dios. ³ Y es que nuestra exhortación no se inspiraba en el error, en turbias intenciones o en engaños. ⁴ Por el contrario, puesto que Dios nos ha juzgado dignos de confiarnos su Evangelio, hablamos no como quien busca agradar a los hombres, sino a Dios, que penetra hasta lo más profundo de nuestro ser. ⁵ Dios es testigo, y vosotros lo sabéis, de que nunca nos movieron la adulación o la avaricia; ⁶ tampoco hemos buscado glorias humanas, ni de vosotros ni de nadie. ⁷ Y aunque podríamos haber dejado sentir nuestra autoridad como apóstoles de Cristo, nos comportamos afablemente con vosotros,

como una madre que cuida de sus hijos con amor. ⁸ Tanto os queríamos que ansiábamos entregaros no sólo el Evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas. ¡A tal punto llegaba nuestro amor por vosotros!

➔ Estas palabras de Pablo, más que las de un evangelizador, parecen las de un padre espiritual; más aún, las de una madre espiritual, en cuanto que, al buscar imágenes y tonos profundos para expresar su tarea apostólica y los sentimientos que la han animado, la analogía se vuelve absolutamente femenina. En vez del rostro petrino de la Iglesia, parece emerger aquí el rostro «mariano» de la misma. Por otra parte, es la gratuidad del amor más gratuito que existe, el materno, el motor del ministerio del apóstol. En consideración al amor divino por esta comunidad, Pablo se ha identificado con la caridad del Padre, rico en misericordia, dedicando una atención «materna» a los hijos por los que habría dado también la vida.

Evangelio: Juan 21,15-17

Cuando se hubo manifestado a sus discípulos, ¹⁵ después de comer, Jesús preguntó a Pedro:

–Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?

Pedro le contestó:

–Sí, Señor, tú sabes que te amo.

Entonces Jesús le dijo:

–Apacienta mis corderos.

¹⁶ Jesús volvió a preguntarle:

–Simón, hijo de Juan, ¿me amas?

Pedro respondió:

–Sí, Señor, tú sabes que te amo.

Jesús le dijo:

–Cuida de mis ovejas.

¹⁷ Por tercera vez insistió Jesús:

—Simón, hijo de Juan, ¿me amas?

Pedro se entristeció, porque Jesús le había preguntado por tercera vez si lo amaba, y le respondió:

—Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que te amo.

Entonces Jesús le dijo:

—Apacienta mis ovejas.

➔ La condición prioritaria de Pedro no ha sido dictada por requisitos humanos de inteligencia, cultura y capacidad, ni siquiera por requisitos espirituales como la santidad, la justicia o la piedad. Todo eso es importante, pero no es esencial si no proviene de lo único que el Señor nos pide incondicionalmente: el amor. Con la triple pregunta, el Señor induce a Pedro a mirarse por dentro con sinceridad, a despojarse de todo resto de orgullo, hasta hacer que se encuentre con la mirada de Dios en él. Entonces, el dolor del examen de conciencia, por fin auténtico, prueba la humildad que confiesa y acoge el don de Dios: el amor recuperado es el entregado por el Único que es fiel.

MEDITATIO

Pío X era un hombre de ánimo muy sencillo y dispuesto a ceder cuando la caridad de Cristo pedía un noble sacrificio. Su figura dulce y humilde, animada por una fuerza interior que se manifestaba con una irresistible fuerza interior, le hizo aparecer de inmediato como un santo, y a la santidad llamaba a todos sus hijos, especialmente a los sacerdotes. Toda su vida de sacerdote y de obispo había sido una aspiración continua a convertirse en el buen pastor de las almas. La vida de piedad, a la que el pontífice dio un grandísimo impulso, además de la incitación a la educación catequética, tomaron vigor gracias a los decretos que se refieren al

sacramento de la eucaristía. Justamente, Pío X fue llamado *el papa de la eucaristía*.

La restauración cristiana querida por Pío X respondía a su inmenso deseo de hacer bien a todos. Había sido siempre el hombre de la inagotable caridad material y espiritual, y como pontífice brilló en él aún más viva y universal esta sublime virtud, que le convertía realmente en el «dulce Cristo en la tierra» (A. Saba, *Storia della Chiesa*, Turín 1945, IV, pp. 350-357, *passim*).

ORATIO

Oración al Sagrado Corazón de Jesús muy estimada por Pío X:

«Oh Corazón amoroso,
en vos pongo toda mi confianza,
pues de mi debilidad lo temo todo
y lo espero todo de vuestra bondad».

CONTEMPLATIO

Nadie, por tanto, cuando piensa que sólo con ella, entre todos, estuvo unido Jesús durante treinta años con esas relaciones de intimidad familiar que unen siempre a un hijo con su madre, pondrá en duda que, especialmente por mediación de María, se nos ha abierto el mejor camino para conocer a Jesús. En efecto, los maravillosos misterios del nacimiento y de la niñez de Cristo, y sobre todo el de la Encarnación, que constituye el principio y el fundamento de nuestra fe, ¿a quién podrían ser más manifiestos que a su Madre? Ésta no sólo «*conservaba en su corazón*» lo que había sucedido en Belén o en el templo de Jerusalén, sino que también fue partícipe de los pensamientos de Cristo y de sus deseos

escondidos; de modo que puede decirse que ella había vivido la vida misma de su Hijo. Nadie, pues, conoció a Cristo tan íntimamente como ella; por consiguiente, no puede haber maestro o guía más apto que ella para el conocimiento de Cristo (Pío X, carta encíclica *Ad diem illum laetissimum*, en el 50º aniversario del dogma de la Inmaculada Concepción, 2 de febrero de 1904).

ACTIO

Medita hoy sobre este deseo del papa Pío X:

«Deseo que el pueblo rece en medio de la belleza».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La imagen evangélica de Jesús, buen pastor, le resulta entrañable a la tradición cristiana desde los tiempos de las catacumbas; la liturgia la proyecta gustosa sobre las figuras de los obispos que han seguido con fidelidad al Señor. Es la imagen que mejor le sienta a san Pío X, es la clave interpretativa más prometedora de su persona y de su obra. El pontificado de Pío X duró algo más de un decenio, pero se mostró riquísimo en iniciativas y «reformas», encaminadas a hacer más profunda la vida interior de la Iglesia y a un mejor empleo de sus energías apostólicas. Tal empeño de reforma fue pensado y querido por Pío X como respuesta a su solicitud preponderantemente pastoral.

Me complace señalar dos intervenciones particularmente representativas del compromiso apostólico del santo pontífice, ambas dirigidas –no por casualidad– al alimento de las almas: la renovación de la catequesis y las nuevas disposiciones alentaron un acceso más amplio a la eucaristía. Era una firme convicción de nuestro santo que sólo un profundo conocimiento de la verdad cristiana podía alimentar una piedad auténtica en la Iglesia y preservar la fe de hundirse en las erróneas concepciones filosóficas y teológicas de la época. Si bien la defensa del patrimonio auténtico de la fe puesta en práctica por Pío X no estuvo

exenta de algunas exageraciones –sobre las que todavía hoy tanto se discute–, no se puede poner en absoluto en duda el ansia y el compromiso pastorales de uno de los más celosos y generosos pastores que ha tenido la Iglesia (M. Cè, «San Pio X, il buon Pastore», en *Famiglia cristiana*, 5 de junio de 1985, 8-10).

Santa María Virgen, Reina

22 de agosto

La inserción de una memoria de María Reina o de la realeza de María en la liturgia fue auspiciada por algunos congresos marianos a partir del celebrado en 1900. Tras la institución de la fiesta de Cristo Rey en 1925 por obra del papa Pío XI, como paralelo mariológico de ésta y en respuesta a múltiples iniciativas devotas, el papa Pío XII, como conclusión del centenario del dogma de la Inmaculada Concepción, el año 1954, anuncia la fiesta litúrgica de María Reina, situada el 31 de mayo como coronación del mes de María. La reforma del calendario romano ha fijado la memoria el 22 de agosto, en la octava de la Asunción.

LECTIO

Primera lectura: Isaías 9,1-3.5ss

¹ El pueblo que caminaba en tinieblas
ha visto una gran luz;
a los que habitaban en tierra de sombras
una luz les ha brillado.

² Has multiplicado su alborozo,
has acrecentado su alegría:
se alegran ante ti
con la alegría de la siega,
como se regocijan al repartirse un botín.

³ Porque, como hiciste el día de Madián,
has roto el yugo que pesaba sobre ellos,
la vara que castigaba sus espaldas,
el bastón opresor que los hería.

⁵ Porque un niño nos ha nacido,
un hijo se nos ha dado.
Sobre sus hombros descansa el poder,
y es su nombre: «Consejero prudente,
Dios fuerte, Padre eterno,
Príncipe de la paz».

⁶ Dilatará su soberanía
en medio de una paz sin límites,
asentará y afianzará el trono
y el reino de David
sobre el derecho y la justicia,
desde ahora y para siempre.

El amor ardiente del Señor todopoderoso lo realizará.

➔ Hay algunas «rendijas» evangélicas –Lc 1,14.32ss; 2,11; Jn 1,5 y otras– que permiten una hermenéutica cristológico-mariana del oráculo de Isaías, situado en un contexto de expectativa mesiánica.

El cántico de la esperanza de una liberación se remonta a los primeros años de la diaconía profética de Isaías, o sea, pasado ya el año 740 a. de C. El tono es muy festivo y alentador, aunque los acontecimientos inminentes para Israel se presentan nebulosos, si no sombríos. El leccionario, prescindiendo del v. 4 relativo a ese atormentado futuro, concentra su atención en los anuncios disponibles a la lectura en una clave sugerida por la memoria de la realeza mariana. Ésta permanece siempre conectada y subordinada a la realeza del mesías o de Cristo el Señor. El liberador esperado es el niño que nos ha nacido (*cf.* v. 5): es soberano, príncipe de la paz, gran dominador, justo, heredero del trono de David. La aplicación de semejantes imágenes a la realeza de Cristo es alegórica: en efecto, su Reino no es de este mundo; la paz que él da es diferente a la del mundo;

él es bondadoso y humilde de corazón. La realeza de María, la madre, es semejante.

Evangelio: Lucas 1,39-47

³⁹ Por aquellos días, María se puso en camino y se fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá. ⁴⁰ Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. ⁴¹ Y cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño empezó a dar saltos en su seno. Entonces Isabel, llena del Espíritu Santo, ⁴² exclamó a grandes voces:

–Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ⁴³ Pero ¿cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme? ⁴⁴ Porque en cuanto oí tu saludo, el niño empezó a dar saltos de alegría en mi seno. ⁴⁵ ¡Dichosa tú, que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.

⁴⁶ Entonces María dijo:

⁴⁷ Mi alma glorifica al Señor,
y mi espíritu se regocija
en Dios mi Salvador.

➔ La memoria de la realeza se centra en esta exclamación estupefacta de Isabel: «¿Cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme? (v. 43). La denominación de «bendita» es también un agujero para entrever un señorío o realeza: en efecto, es «*bendito el que viene, el rey, en nombre del Señor*» (así Lc 19,37ss), es «*¡bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el Reino que viene, el de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas!*» (Mc 11,9ss): éste es el «*fruto bendito del vientre de María*», Jesucristo.

Las palabras de Isabel son proféticas: brotan de la plenitud del Espíritu Santo más que de una conciencia e información personales. El vislumbre de conciencia de María remite al señorío del hijo concebido por obra del Espíritu Santo, más que a cualquier soberanía personal propia. La consecuencia es que su alma glorifica al Señor, su espíritu se regocija en Dios su salvador (vv. 46ss).

MEDITATIO

En la celebración de Santa María Virgen, reina, contemplamos a aquella que, sentada junto al rey de los siglos, brilla como reina e intercede como madre (cf. *Marialis cultus*, 6).

La figura de la reina madre permanece en muchísimas culturas populares como prototipo de solemnidad, señorío, cordialidad, benevolencia. El culto y la misma iconografía –el carácter visible de su meditación y contemplación– representan a María espontáneamente en la posición de una reina, cubierta de vestidos preciosos, con enorme frecuencia sentada en un trono y enjoyada con estrellas, siendo ella misma trono para su hijo, el Señor niño, al que tiene en brazos.

La liturgia remarca esta imagen de María como madre y reina. La liturgia lee la conexión de María sierva con el Señor Dios como participación en la realeza de Cristo: una realeza que es *servicio*, porque el Señor ha traído la salvación a la humanidad, y a ello ha colaborado la madre. El servicio de Jesús, hijo de María, ha costado el paso por la cruz, junto a la cual estuvo presente y en la que participó la madre. La realeza de Cristo se pagó a un precio elevado: la realeza configura a María también como reina *afligida*.

Las insistentes afirmaciones sobre la participación de María en la realeza de Cristo recuerdan la jaculatoria: «Reina de la paz». Ésta traduce en el orden de la devoción un rasgo de la identidad del personaje pronosticado en el oráculo isaiano como «*príncipe de la paz*». Jesucristo es nuestra paz (cf. Ef 2,14). María es la madre del príncipe de la paz. El niño nacido por nosotros, el fruto bendito del seno de María es el Señor, fuente de paz sin fin. La paz es sueño y utopía. Ambos invitan a la acogida de este Señor de la paz, encarnado en Jesucristo, hijo de María, mujer pacificada y obradora de paz;

invitan no sólo a creer en él, sino a hacer las obras de la paz, que son su testamento y don del Espíritu.

ORATIO

Santa María, generosa madre del Señor del universo, rey de paz y de justicia, salve. Mujer humilde, recibida más allá de nuestra tierra, en el cielo del altísimo amor del Padre, inspira nuestro servicio en la edificación del Reino de Cristo en comunidad de caridad evangélica.

Madre bienaventurada por haber creído, quédate cerca para guardar con nosotros encendida la lámpara de la fe, alimentada por la obediencia a la divina Palabra.

Virgen amiga del Espíritu, enséñanos a perseverar en las obras de bondad, de justicia, de paz.

Reina del cielo que proteges nuestro camino cotidiano y el paso a la otra orilla de la vida de aquí abajo, acoge la oración de tus siervos.

CONTEMPLATIO

El ángel que anunciaba los misterios, para llevar a la fe mediante algún ejemplo, anunció a la Virgen María la maternidad de una mujer estéril y ya entrada en años, manifestando así que Dios puede hacer todo cuanto le place.

Desde que lo supo María, no por falta de fe en la profecía, no por incertidumbre respecto al anuncio, no por duda acerca del ejemplo indicado por el ángel, sino con el regocijo de su deseo, como quien cumple un piadoso deber, presurosa por el gozo, se dirigió a las montañas.

Llena de Dios de ahora en adelante, ¿cómo no iba a elevarse apresuradamente hacia las alturas? La lentitud en el esfuerzo es extraña a la gracia del Espíritu.

Considera la precisión y exactitud de cada una de las palabras: Isabel fue la primera en oír la voz, pero Juan fue el primero en experimentar la gracia, porque Isabel escuchó según las facultades de la naturaleza, pero Juan, en cambio, se alegró a causa del misterio. Isabel sintió la proximidad de María, Juan la del Señor; la mujer oyó la salutación de la mujer, el hijo sintió la presencia del Hijo; ellas proclaman la gracia; ellos, viviéndola interiormente, logran que sus madres se aprovechen de este don hasta tal punto que, con un doble milagro, ambas empiezan a profetizar por inspiración de sus propios hijos. El niño saltó de gozo y la madre fue llena del Espíritu Santo (Ambrosio de Milán, *Exposición sobre el evangelio según Lucas 2,19-22*).

ACTIO

Sustituyamos hoy el saludo de costumbre por el deseo evangélico:

«*La paz del Señor sea contigo*».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Cada una [de las hermanas del instituto] imita a María en su propio camino hacia Cristo: aprende de su *fiat* a recibir la Palabra de Dios, y de su vida con Jesús en Nazaret, el sentido de su propia inserción en la sociedad; por su participación en la misión redentora del Hijo se ve llevada a comprender, a elevar y a dar valor a los sufrimientos humanos. Se consagra a que la Virgen, ejemplo de confianza en el Señor, constituya para todos los hombres inseguros y divididos de nuestro tiempo un signo de esperanza y de unidad.

En ella, expresión de los más altos valores femeninos, se inspira para realizarse plenamente como mujer y para comprometerse en un servicio de amor que llega incluso al sacrificio. A ella se dirige siempre con devoción y confianza filial. Con ella se hace voz de alabanza a Dios por todos los hombres.

Inspírate en el servicio que María prestó y presta al mundo, y obra en medio de la paz, sin el ansia de quien cree sólo en su acción (*Regola di vita dell'Istituto secolare «Regnum Mariae»*, 1994, arts. 7 y 47).

Santa Rosa de Lima

23 de agosto
(30 de agosto en América)

Santa Rosa de Lima nació en la capital de Perú en 1586. Su nombre de pila es Isabel. Cuando el obispo Toribio de Mogrovejo la confirmó, le impuso el nombre de Rosa. Sus padres, además de ser pobres y humildes, sufrieron un revés de fortuna y Rosa colaboró con todas sus fuerzas al sostenimiento de la familia. Cuando sus padres le instaron a que se casase, ella se resistió. Quería vivir consagrada al Señor e hizo voto de virginidad. Cuando conoció la historia de santa Catalina de Siena, ingresó en la tercera orden de Santo Domingo como ella. Esto le causó no pocas incomprensiones y burlas de sus parientes y conocidos, pero ella todo lo soportaba con benevolencia. Su propia salud se vio dañada por la austeridad con la que vivía. El 24 de agosto de 1617, a los 31 años de edad, murió en casa de un dignatario del gobierno, donde servía desde hacía tres años.

LECTIO

Primera lectura: 2 Cor 5,14-17

¹⁴ Hermanos: el amor de Cristo nos apremia, pensando que si uno murió por todos, todos murieron con él; ¹⁵ y murió por todos, para que los que viven no vivan para sí, sino para quien murió y resucitó por ellos. ¹⁶ Así que en adelante a nadie valoramos con criterios humanos; y si un tiempo conocimos a Cristo a lo humano, ahora ya no lo conocemos así. ¹⁷ De modo

que el que está en Cristo es una criatura nueva; lo viejo ya pasó y ha aparecido lo nuevo.

► Estos cuatro versículos de la Carta a los Corintios reflejan la fe personal y profunda de Pablo en la muerte y resurrección de Cristo. Es lo que a él le ha llevado a entregarse a los demás y a anunciar el Evangelio. Las críticas y el desprestigio que otros están difundiendo en la comunidad de Corinto ya no le afectan. Hay dos afirmaciones que nos ayudan a comprender el sentido cristiano de esa entrega a los otros. La primera es la que dice «*a nadie valoramos con criterios humanos*», o sea, según la lógica y los intereses terrenos. Hay que cambiar de mirada y pasar de las relaciones instrumentales, guiadas por la consideración de los otros sólo como medios para nuestros fines, a unas relaciones basadas en el ser, en la acogida a los otros como valores, como personas que tienen una dignidad inalienable.

La otra afirmación impactante habla de «*ser una criatura nueva*». La fe en Cristo resucitado ha llevado a Pablo a cambiar personalmente y a comprometerse a cambiar el mundo. Pablo ha experimentado en su persona y en su misión lo que Jesús le pedía a Nicodemo. La acogida del Evangelio, que nos hace *uno en Cristo*, no nos aísla de los otros ni de los problemas cotidianos, sino que nos hace verlos de otra manera y nos da valor para luchar contra el mal que nos acecha.

Evangelio: Jn 15,4-11

⁴ Seguid unidos a mí, que yo lo seguiré estando con vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no está unido a la vid, así tampoco vosotros si no estáis unidos a mí. ⁵ Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece unido a mí y yo en él, da mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada. ⁶ Al que no está unido a mí se lo echa fuera, como a los sarmientos, que se amontonan, se se-

can y se les prende fuego para que se quemen. ⁷ Si estáis unidos a mí y mis enseñanzas permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis y se os concederá». ⁸ «Mi Padre es glorificado si dais mucho fruto y sois mis discípulos. ⁹ Como el Padre me ama a mí, así os he amado yo; permaneced en mi amor. ¹⁰ Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. ¹¹ Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté dentro de vosotros y vuestra alegría sea completa».

➔ Estos versículos del evangelio de Juan que leemos en el día de Santa Rosa son el tema central del discurso de despedida de Jesús. El mensaje gira en torno a la expresión *permanecer unidos a Jesús*. Se pueden distinguir dos partes, que subrayan algunas consecuencias de esta relación entre Jesús y sus discípulos: dar fruto, como el sarmiento que está unido a la vid, y vivir según el mandamiento del amor

La exhortación a permanecer unidos a Jesús se ilustra con la alegoría de la vid. La vid es Jesús, los sarmientos son los discípulos, el viñador es el Padre, los frutos son las obras de amor, etc. La comparación trata de ilustrar una realidad más profunda y la expresa de una forma poética y muy usada en el Antiguo Testamento. Jesús utiliza, pues, una imagen conocida, pero le da un sentido nuevo. Lo importante es estar unidos a él para tener una nueva vida y poder así dar frutos.

La primera consecuencia de permanecer unidos a Jesús son los frutos: las actitudes, las obras, el estilo de vida. Al final de estos versículos se explicitan otras dos consecuencias de la unión con Jesús: sus palabras permanecerán en quienes estén unidos a Él y obtendrán lo que le pidan al Padre.

En la segunda parte (Jn 15,9-11), el amor no sólo es la savia que el sarmiento-discípulo recibe al estar unido a la vid-Cristo, sino también el fruto que dan los que viven en esta unión.

Tenemos en este pasaje un resumen de lo que significa ser discípulo de Jesús. Podríamos resumirlo en estos cuatro elementos: estar unidos a Jesús, conservar su enseñanza, orar al Padre y dar frutos (Jn 15,8).

MEDITATIO

Los textos bíblicos proclamados en este día de Santa Rosa de Lima han sido seleccionados porque marcaron para ella la dirección de su vida. Conocido Cristo, no quiso saber nada de otros esposos. Luchó contra el deseo de sus padres de que se casara e hizo voto de virginidad para confirmar su resolución de vivir consagrada al Señor. Viendo lo que Cristo sufrió y el valor de la pasión, ella misma dijo: «Nadie se quejaría de sus cruces y sufrimientos si conociera cuál es la balanza con la que los hombres han de ser medidos». Y ella misma se fijó con un alfiler al cuero cabelludo la corona de rosas que su madre le puso en la cabeza un día de fiesta familiar. La unión a Jesús, como el sarmiento a la vid, la llevó a vivir en plenitud el mandamiento del amor. Un día en que su madre le reprendió por atender en casa a pobres y enfermos, Rosa le contestó: «Cuando servimos a los pobres y a los enfermos, servimos a Jesús. No debemos cansarnos de ayudar a nuestro prójimo, porque en ellos servimos a Jesús».

Amante de la soledad, dedica gran parte del tiempo a la contemplación y desea introducir también a otros en los arcanos de la «oración secreta», divulgando para ello libros espirituales. Anima a los sacerdotes para que atraigan a todos al amor a la oración. Recluida frecuentemente en la pequeña ermita que se hizo en el huerto de sus padres, abrirá su alma a la obra misionera de la Iglesia con celo ardiente por la salvación de los pecadores y de los «indios». Por ellos desea dar su vida, y se entrega a duras penitencias para ganarlos a Cristo. Du-

rante quince años soportará una gran aridez espiritual como crisol purificador. También destaca por sus obras de misericordia con los necesitados y oprimidos.

ORATIO

Señor, tú has querido que santa Rosa de Lima, encendida en tu amor, sin apartarse del mundo, se consagrara a ti en la penitencia; concédenos por su intercesión que, siguiendo en la tierra el camino de la verdadera vida, lleguemos a gozar en el cielo de la abundancia de los gozos eternos.

CONTEMPLATIO

«¡Ojalá todos los mortales conocieran el gran valor de la divina gracia, su belleza, su nobleza, su infinito precio, lo inmenso de los tesoros que alberga, cuántas riquezas, gozos y deleites! Sin duda alguna, emplearían toda su diligencia, afanes y desvelos en buscar penas y aflicciones; andarían todos por el mundo en busca de molestias, enfermedades y tormentos, en vez de aventuras, por conseguir el tesoro último de la constancia en el sufrimiento. Nadie se quejaría de la cruz ni de los trabajos que le caen en suerte si conociera las balanzas con que los hombres han de ser medidos» (de los escritos de santa Rosa de Lima).

ACTIO

Pide hoy la paz, la justicia y la salud para todos los peruanos y, con santa Rosa de Lima, repite con frecuencia:

«Señor, auméntame los sufrimientos, pero auméntame en la misma medida tu amor».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El divino Salvador, con inmensa majestad, dijo: «Que todos sepan que la tribulación va seguida de la gracia; que todos se convenzan de que sin el peso de la aflicción no se puede llegar a la cima de la gracia; que todos comprendan que la medida de los carismas aumenta en proporción con el incremento de las fatigas. Guárdense las personas de pecar y de equivocarse. Que nadie se engañe: ésta es la única verdadera escala del paraíso, y fuera de la cruz no hay camino por donde se pueda subir al cielo!».

Oídas estas palabras, me sobrevino un ímpetu poderoso de ponerme en medio de la plaza para gritar con grandes clamores, diciendo a todas las personas, de cualquier edad, sexo, estado y condición que fuesen: «Oíd pueblos, oíd, todo género de gentes: de parte de Cristo, y con palabras tomadas de su misma boca, yo os aviso: Que no se adquiere gracia sin padecer aflicciones; hay necesidad de trabajos y más trabajos para conseguir la participación íntima de la divina naturaleza, la gloria de los hijos de Dios y la perfecta hermosura del alma».

Este mismo estímulo me impulsaba impetuosamente a predicar la hermosura de la divina gracia, me angustiaba y me hacía sudar y anhelar. Me parecía que ya no podía el alma detenerse en la cárcel del cuerpo, sino que se había de romper la prisión y, libre y sola, con más agilidad se había de ir por el mundo, dando voces para anunciar la grandeza, la hermosura y la riqueza de la gracia (de los escritos de santa Rosa de Lima al médico Castillo).

San Bartolomé

24 de agosto

A Bartolomé, de Caná de Galilea, uno de los Doce, se le identifica habitualmente con Natanael, el amigo del apóstol Felipe (Jn 1,43-51; 22,2). Carecemos de noticias históricas precisas sobre su actividad apostólica. Diversas tradiciones le sitúan en diferentes regiones del mundo y eso hace pensar que, efectivamente, su radio de acción fue muy amplio. Una tradición refiere que Bartolomé habría sido desollado vivo, según la costumbre penal de los persas, y que de este modo habría consumado su martirio. Recibe veneración en Roma, en la isla Tiberina.

LECTIO

Primera lectura: Apocalipsis 21,9b-14

El ángel se dirigió a mí y me dijo: ⁹ «¡Ven! Te mostraré la novia, la esposa del Cordero».

¹⁰ Me llevó en espíritu a un monte grande y alto y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que bajaba del cielo enviada por Dios, ¹¹ resplandeciente de gloria. Su esplendor era como el de una piedra preciosa deslumbrante, como una piedra de jaspe cristalino. ¹² Tenía una muralla grande y elevada y doce puertas con doce ángeles custodiando las puertas, en las que estaban escritos los nombres de las doce tribus de Israel. ¹³ Tres puertas daban al oriente y tres al septentrión; tres al medio-

día y tres al poniente. ¹⁴ La muralla de la ciudad tenía doce pilares, en los que estaban grabados los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero.

➔ El libro del Apocalipsis define a la Iglesia como la ciudad santa, como don de Dios: en ella se recogen las doce tribus de Israel, esto es, el nuevo Israel de Dios. Las murallas de esta ciudad se apoyan sobre el cimiento de los doce apóstoles. Según el mismo Juan, la Iglesia puede ser llamada también «*la novia, la esposa del Cordero*», para indicar el vínculo de amor único e irrepetible que une a Dios con la humanidad, a Cristo con la Iglesia.

El apóstol, todo apóstol, participa asimismo de este amor y se convierte en testigo de él con su ministerio apostólico, pero sobre todo con la entrega de su sangre. Ésa es la razón de que, al final de la lectura, se llame expresamente a los Doce «*apóstoles del Cordero*»: si la Iglesia es apostólica, lo es no sólo por el ministerio confiado por Jesús a los Doce, sino también y sobre todo por la participación de los Doce en el misterio pascual de Jesús.

Evangelio: Juan 1,45-51

En aquel tiempo, ⁴⁵ Felipe se encontró con Natanael y le dijo:

–Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés en el libro de la Ley, y del que hablaron también los profetas: es Jesús, el hijo de José, el de Nazaret.

⁴⁶ Exclamó Natanael:

–¿Nazaret? ¿Es que de Nazaret puede salir algo bueno?

Felipe le contestó:

–Ven y lo verás.

⁴⁷ Cuando Jesús vio a Natanael, que venía hacia él, comentó:

—Éste es un verdadero israelita, en quien no hay doblez alguna.

⁴⁸ Natanael le preguntó:

—¿De qué me conoces?

Jesús respondió:

—Antes de que Felipe te llamara, te vi yo, cuando estabas debajo de la higuera.

⁴⁹ Entonces Natanael exclamó:

—Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel.

⁵⁰ Jesús prosiguió:

—¿Te basta para creer el haberte dicho que te vi debajo de la higuera? ¡Verás cosas mucho más grandes que ésa!

⁵¹ Y añadió Jesús:

—Os aseguro que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre.

➔ El elogio de Natanael formulado por Jesús es claro e inequívoco: «*Éste es un verdadero israelita, en quien no hay doblez alguna*» (v. 47). Del contexto inmediato se infiere el significado más amplio y más profundo que posee esta afirmación de Jesús. En Natanael no se excluye sólo la doblez, sino que se afirma sobre todo el amor a la verdad. De este modo, Jesús nos ofrece también a nosotros una rendija para comprender el fondo del alma de este apóstol.

Natanael se revela ante todo como un hombre que busca: se manifestará también así con ocasión de la primera aparición del Señor resucitado. De la búsqueda pasa Natanael enseguida al acto de fe. Su inteligencia se abre al misterio que se desvela; su ánimo se abre al descubrimiento de un bien mayor, un bien del que desde hace tiempo está sediento.

Natanael se convierte así en imagen viviente de todo verdadero creyente que, a la luz de la Palabra de Dios, aguza su capacidad visual interior y, por medio de la fe, reconoce en Jesús a su único Salvador.

MEDITATIO

También Natanael, como otros apóstoles antes que él, llega al descubrimiento de Jesús no sin una cierta fatiga. En su caso, debe superar, en primer lugar, el *handicap* de su excesivo conocimiento veterotestamentario. Es justamente verdad –como leemos en el Eclesiastés– que el saber excesivo engendra dolor: sólo cuando haya alcanzado a la sencillez y a la transparencia del encuentro personal, podrá reconocer Natanael en Jesús al Hijo de Dios.

En segundo lugar, Natanael debe superar asimismo una especie de desconcierto, el que provocó en él su primer encuentro con Jesús, quien demuestra conocerle muy bien. Mas Natanael tiene necesidad de entablar un diálogo con aquel que le sorprende y, al mismo tiempo, le cautiva. Sólo el diálogo interpersonal es la vía segura para el conocimiento recíproco, el conocimiento que lleva a la experiencia y a la entrega de nosotros mismos en el amor.

Ahora bien, yo diría que Natanael debe superar también la mediación del amigo Felipe, respecto a la cual, de primeras, muestra cierto escepticismo. Sólo cuando haya tomado la decisión de ir al encuentro del Nazareno, le reconocerá por lo que Jesús es verdaderamente. La amistad puede ser, a buen seguro, una gran ayuda para el descubrimiento de la verdad, pero, cuando la verdad es Alguien, sólo el encuentro personal puede satisfacer la búsqueda.

ORATIO

Señor Jesús, tú naciste en Belén, «*la más pequeña de las cabezas de partido de Judea*». Allana ante mí el camino que conduce hasta ti, pequeño entre los pequeños, verdadero hombre entre los hombres, hijo de María y José.

Señor Jesús, te criaste en Nazaret, un pueblo del que nadie esperaba nada bueno. Enséñame también a mí, como revelaste a tus otros discípulos, el secreto de la espiritualidad de Nazaret, pueblo donde viviste durante treinta años, secreto del que se desprende el mensaje del silencio, del amor, del trabajo.

Señor Jesús, tú quisiste elegir Jerusalén como ciudad de tu martirio y de tu pascua: dame el valor de subir contigo y detrás de ti hasta la ciudad santa, en donde deben morir los verdaderos profetas, ciudad amada por todos tus discípulos.

Señor Jesús, tú recorriste los caminos de Palestina, país pequeño e insignificante a los ojos de los grandes, pero elegido, amado y privilegiado por ti. Enséñame a valorar las cosas según tus criterios, según tus proyectos.

CONTEMPLATIO

Ved ahí cómo, según los preceptos del Evangelio, debéis portaros con los apóstoles y profetas. Recibid en nombre del Señor a los apóstoles que os visitaren, en tanto permanecieren un día o dos entre vosotros: el que se quedare durante tres días, es un falso profeta. Al salir el apóstol, debéis proveerle de pan para que pueda ir a la ciudad donde se dirija: si pide dinero, es un falso profeta. Al profeta que hablare por el espíritu, no le juzgaréis, ni examinaréis [...], porque Dios es su juez: lo mismo hicieron los antiguos profetas.

Velad por vuestra vida; [...] los que perseveren en la fe serán salvos de esta maldición. Entonces aparecerán las señales de la verdad. Primeramente será desplegada la señal en el cielo, después la de la trompeta y, en tercer lugar, la resurrección de los muertos, según se ha dicho: «El Señor vendrá con todos sus santos». ¡Entonces el mundo verá al Señor viniendo en las nubes del cielo! (*Didaché*,

según la versión de E. Backhouse y C. Tylor, *Historia de la Iglesia primitiva*, Editorial Clie, www.clie.es).

ACTIO

Repite y medita durante el día esta Palabra:

«Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel» (Jn 1,49).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El cristiano cree, gracias a la Palabra de Dios, que el hombre es inmortal, que toda la humanidad está destinada a la eternidad. El cristiano cree en la resurrección de todos los muertos de la humanidad, de todos los cuerpos. Cree en la humanidad inmortal. Pero cree en virtud de la Palabra de Dios, no de una especie de prestidigitación mágica... y grotesca. Cree en la prolongación de los misterios de la vida más allá de la muerte, en la consumación de la vida mediante la muerte; cree que la misma muerte tiene una razón de ser; cree que la muerte sigue siendo atroz, pero no que sea absurda.

Como todo hombre razonable, el cristiano ve su propia vida, desde el nacimiento a la muerte, como un devenir continuo acompañado de una destrucción continua. Sin embargo, el cristiano cree que en este y por este devenir se consuma la germinación, el desarrollo del hombre inmortal que hay en él, pero que se va haciendo en él cada día y que permanecerá tal como haya llegado a ser, en la eternidad, para la eternidad.

Este hombre inmortal se hace en cada uno a través de sus opciones. Aquello por lo que opta es lo que fija al hombre inmortal en su pleno vigor o en lo peor de la miseria humana. En la hora de su muerte, el hombre se habrá convertido en alguien que vivirá con Dios para siempre o en alguien que existirá lejos de Dios para siempre (Madeleine Delbrêl).

San José de Calasanz

25 de agosto

San José de Calasanz nació en Huesca en el año 1557. Era tal su devoción a la Virgen que él quería llamarse José de la Madre de Dios. Sus padres pudieron y le dieron una esmerada educación y formación. Se doctoró en Teología en la Universidad de Lérida y fue ordenado sacerdote. En el año 1592, se fue a Roma persiguiendo un puesto honorífico y se encontró con la miseria infantil en los barrios de la ciudad. Dejó de perseguir honores y fundó las Escuelas Pías (escuelas gratuitas). Con la enseñanza del catón y del ábaco introducía también el catecismo y la oración de la corona de doce estrellas pidiendo la protección de la Virgen.

El 25 de agosto del año 1648, a la edad de 92 años, este gran apóstol pasó a la eternidad. Pío XII le declaró celestial patrono ante Dios de todas las escuelas populares cristianas del mundo.

LECTIO

Primera lectura: Isaías 61,1-3

¹ El espíritu del Señor Dios está en mí, porque el Señor me ha unguido. Me ha enviado a llevar la Buena Nueva a los pobres, a curar los corazones oprimidos, a anunciar la libertad a los cautivos, la liberación a los presos; ² a proclamar un año

de gracia del Señor, un día de venganza para nuestro Dios. A consolar a todos los afligidos, ³ a dar a todos los afligidos de Sión una diadema en lugar de ceniza, perfume de alegría en lugar del vestido de luto, alabanza en lugar de espíritu abatido. Se les llamará encinas de justicia, plantación del Señor para su gloria.

➔ Este pasaje del libro del tercer Isaías presenta la vocación y misión del heraldo de Dios. El profeta se siente llamado y enviado por el espíritu del Señor. La misión que se le encarga a este ungido va en dos direcciones: anunciar la liberación y curar, restaurar, consolar. Lucas tomará este mismo texto para el programa misionero de Jesús, con una pequeña pero muy significativa variante.

– La salvación va dirigida a la parte de la humanidad más desvalida y necesitada: los pobres, los oprimidos, los prisioneros, los ciegos...

– La liberación alcanza a toda la persona, y no sólo a lo espiritual...

– Es una Buena Noticia: se anuncia un año de gracia. Y aquí está la variante de Jesús en el evangelio de Lucas: no habla de venganza, sino que se queda en la gracia.

– Es una Buena Noticia para todos. El pueblo elegido será el mundo entero: hasta los confines del mundo.

Evangelio: Marcos 9,33-37

³³ Llegaron a Cafarnaún y, una vez en casa, les preguntó: «¿Qué discutáis por el camino?». ³⁴ Pero ellos callaban, porque en el camino habían discutido sobre quién entre ellos sería el más grande. ³⁵ Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo: «El que quiera ser el primero que sea el último y el servidor de todos». ³⁶ Tomó en sus brazos a un niño, lo puso en medio de ellos y les dijo: ³⁷ «El que acoge a uno de estos pequeños en mi nombre me acoge a mí, y el que me acoge a mí no es a mí a quien acoge, sino al que me ha enviado a mí».

➔ Estos versículos del evangelio de Marcos, elegidos para la fiesta de San José de Calasanz, se refieren a la enseñanza que Jesús dio a sus discípulos. Estas instrucciones posiblemente sean un retrato de las comunidades del tiempo del evangelista, que ya empezaban a preocuparse, peligrosamente, por el rango de sus miembros, el prestigio, el poder y la posesión de la verdad...

El texto da a entender que los discípulos enrojecieron de vergüenza cuando Jesús les preguntó: «¿De qué discutíais por el camino?». Su silencio los delata. Él, para que entiendan mejor qué significa eso de que el primero tiene que ponerse el último, les pone la imagen del niño.

No es ésa la lógica social ni la tendencia humana, pero sí la norma de conducta para quien quiera seguir a Jesús en la construcción de Reino. En la comunidad de Jesús tendrá prestigio y será el primero el que haga sitio al insignificante y a quien necesite ayuda. Lo que hace ser primeros en la comunidad es el servicio a los considerados últimos.

MEDITATIO

Acoger al que no cuenta es acoger a Jesús y a Dios. Es la opción prioritaria por los pobres y marginados. La comunidad alternativa que Jesús trae trastoca los esquemas de la sociedad, siempre inclinada a la competitividad: aplaudir al primero y abuchear al último. Él lo vivió de tal manera que fue una de las acusaciones públicas: «*Se junta con pecadores, prostitutas y gente de la calle*». Afirmó también que no había venido a ser servido, sino a servir. Y ésta es la norma que inculca a sus seguidores. Siguiendo su ejemplo, el cristiano, igual que la Iglesia, tiene una misión de servicio, de entrega y amor, de vivir para los demás.

En nuestra sociedad encontramos con frecuencia lemas comerciales como éstos: «Estamos a su servicio», «Es un placer poder servirle», «Servirle es nuestra especialidad...», pero después pasan factura. No es esa servicialidad la que propone Jesús a sus discípulos, sino un servicio sin factura. Podíamos decir que la frase de Jesús no es «su seguro servidor», sino «su humilde servidor».

ORATIO

Señor, Dios nuestro, que enriqueciste a san José de Calasanz con la caridad y la paciencia, para que pudiera entregarse sin descanso a la formación humana y cristiana de los niños, concédenos, te rogamos, imitar en su servicio a la verdad al que veneramos hoy como maestro de sabiduría.

CONTEMPLATIO

Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú.
 Donde haya un error que enmendar, enmiéndalo tú.
 Donde haya un esfuerzo que todos esquiven, acéptalo tú.
 Sé el que apartó del camino la piedra,
 el odio de los corazones
 y las dificultades del problema.
 Hay la alegría de ser sano y justo, pero hay, sobre todo,
 la inmensa alegría de servir.
 Qué triste sería el mundo si todo él estuviera hecho,
 si no hubiera un rosal que plantar,
 una empresa que emprender...
 No caigas en el error de que sólo se hacen méritos
 con los grandes trabajos.

Hay pequeños servicios que nos hacen grandes:
poner una mesa,
ordenar unos libros,
peinar una niña...

El servir no es una faena de seres inferiores.
Dios, que es el fruto y la luz, sirve.
Y me pregunta cada día: ¿Serviste hoy?
(*Gloria Fuertes.*)

ACTIO

Fíjate hoy con atención contemplativa en los niños que veas.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Algunos pensamientos de san José de Calasanz:

Es mejor ser pocos y buenos que muchos e imperfectos.

Hay que tener mucha paciencia y caridad con los niños, para enderezarlos por el buen camino.

Cuando los alumnos ven amor de padre en el maestro e interés de su aprovechamiento, van con gusto a la escuela.

Es necesario que recurramos al auxilio de Dios y a la intercesión de la Santísima Virgen, bajo cuya protección se fundó la obra.

Hagan todas las tardes alguna devoción a la Santísima Virgen, para que con su intercesión nos libre a todos de las adversidades.

Estimo mucho el honor de la religión y de las personas particulares que a ella pertenecen, más que ninguna otra cosa.

Si a su tierna edad los niños son imbuidos con amor en la piedad y en las letras, puede esperarse un curso feliz de toda su vida.

Ayudar en la edad más tierna a los pobres con la cultura unida al santo temor de Dios es un servicio tan útil como necesario. El provecho es indudable. Se toca con las manos.

Sé por experiencia que quienes, desde la primera edad, fueron educados con la doctrina cristiana y bebieron desde niños juntamente la piedad y las letras, terminaron por ser perfectos.

El servicio de la enseñanza es el más razonable para tener ciudadanos hábiles para santificarse y engrandecerse en el cielo, pero igualmente capaces de ilustrarse y ennoblecerse a sí propios como también a sus patrias, con sus gobiernos y dignidades de la tierra.

Hemos de castigar con mucha piedad, que así lo requieren el nombre y la caridad que profesamos.

En cuanto a recibir alumnos pobres, obra usted santamente admitiendo a cuantos vienen. Porque para ellos se fundó nuestro instituto. Y lo que se hace por ellos se hace por Cristo. No se dice otro tanto de los ricos.

Procure atraer a los niños con toda caridad a la frecuencia de los sacramentos de la confesión y comunión, y conozca que procura su bien como verdadero padre.

El Señor proveerá cuanto sea necesario, con tal que nosotros procuremos atender con toda diligencia a los niños.

Si tiene amor, no digo al instituto, sino a Dios y a sí mismo, se ingeniará para aprender lo que no sabe, a fin de hacer bien a los pobres o para hallar mejor a Cristo en los pobres.

No dejen de ayudarse con la oración de personas devotas, y especialmente de los alumnos pequeños. Con la esperanza de que Dios mandará su ayuda cuando le parezca tiempo oportuno.

Santa Teresa de Jesús Jornet e Ibars

26 de agosto

Teresa Jornet e Ibars nació en Aytona (Lérida), en el año 1843, en el seno de una familia de labradores de recia fe cristiana. Siendo aún adolescente, se sintió llamada a ayudar a la sociedad de su tiempo, cuyo ambiente racionalista y anticlerical tuvo que padecer. La ciudad aragonesa de Fraga fue clave en su formación: en ella cursó los estudios de Magisterio, que empezó a ejercer en Argensola, pueblecito de la diócesis de Vich (Barcelona). Ingresó en las Clarisas de Briviesca (Burgos). Una figura clave en su vocación fue la del padre Saturnino López Novoa: él concibió el proyecto que llevó a cabo la fundadora de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados junto con un grupo de jóvenes en Barbastro (Huesca) el 11 de octubre de 1872. A su muerte, acaecida en Liria (Valencia) en 1897, la orden ya contaba con 103 asilos en España y América. La «sembradora de amor» fue beatificada por Pío XII en 1958 y canonizada por Pablo VI en 1974. Ha sido declarada patrona de la ancianidad.

LECTIO

Primera lectura: Isaías 58,6-11

⁶ El ayuno que yo quiero es éste:
que abras las prisiones injustas,
que desates las correas del yugo,

que dejes libres a los oprimidos,
 que acabes con todas las tiranías,
⁷ que compartas tu pan
 con el hambriento,
 que albergues a los pobres sin techo,
 que proporciones vestido al desnudo
 y que no te desentiendas
 de tus semejantes.

⁸ Entonces brillará tu luz como la aurora
 y tus heridas sanarán enseguida,
 tu recto proceder caminará ante ti
 y te seguirá la gloria del Señor.

⁹ Entonces clamarás
 y te responderá el Señor,
 pedirás auxilio y te dirá: «Aquí estoy».

Si alejas de ti toda opresión,
 si dejas de acusar con el dedo
 y de levantar calumnias,
¹⁰ si repartes tu pan al hambriento
 y satisfaces al desfallecido,
 entonces surgirá tu luz en las tinieblas
 y tu oscuridad se volverá mediodía.

¹¹ El Señor te guiará siempre,
 te saciará en el desierto
 y te fortalecerá.

Serás como un huerto regado,
 como un manantial inagotable.

➔ La tragedia del pueblo de Israel fue olvidar el desierto y organizar la vida a su antojo en la tierra prometida. Un aviso en esta lectura para siempre: el pobre liberado puede convertirse en el peor opresor. Cunden los males en la Tierra: la mentira y la injusticia. No vale vivir «desde fuera» el ayuno y las prácticas religiosas. Dios quiere otro ayuno, que tiene que ver con los que Dios ama: los oprimidos injustamente, los pobres, los sin techo, los desnudos. Ellos son «tu propia carne». En Isaías agradecemos a Dios esta relación del ayuno con el prójimo.

El hombre reacciona si se le denuncian sus rebeldías. Dios nos cura y hace brotar la carne sana cuando el hombre trata al prójimo como prolongación de Dios mismo. Nos suele interesar el prójimo si coincide con la idea que nos hacemos de él. Si es molesto o nos desestabiliza las seguridades personales, ni escuchamos a Dios ni al prójimo. Así Dios no escucha.

La mentira puede llegar a hacernos confundir la tranquilidad subjetiva con la verdad. Pero al fin sale la luz: la verdad del amor es el prójimo «servido». Hacen falta personas –los profetas y los santos– que nos ayuden a ver encarnada la verdad no sólo con las palabras, sino con un modo de vida. Así podemos acceder a Dios en su Verdad. El pobre, que en definitiva es la verdad de Dios, nos devuelve la capacidad de ser luz que brilla en las tinieblas. ¿No es eso lo que nos cuestiona y aplica la Iglesia en esta memoria de santa Teresa Jornet? Ante la frustración de la falta de éxito en nuestros trabajos, por el amor «serás un huerto bien regado».

Segunda lectura: 1 Jn 3,11-18

¹¹ Porque el mensaje que habéis oído desde el principio es que debemos amarnos los unos a los otros. ¹² No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. Y ¿por qué lo mató? Porque sus obras eran malas, mientras que las de su hermano eran buenas. ¹³ No os extrañéis, hermanos, si el mundo os odia. ¹⁴ Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte. ¹⁵ Todo el que odia a su hermano es homicida, y sabéis que ningún homicida posee vida eterna. ¹⁶ En esto hemos conocido lo que es el amor: en que él ha dado su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos. ¹⁷ Si alguien que tiene bienes de este mundo ve a su hermano en necesidad y no se apiada de él, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? ¹⁸ Hijos míos, no amemos de palabra ni con la boca, sino con hechos y de verdad.

➔ Lo que se anuncia en Isaías se convierte en definitivo en la Nueva Alianza: «Éste es el mensaje desde el principio». Pero el amor hasta dar la vida por los hermanos es propio de Cristo. Caín quita la vida a su hermano porque se siente acusado por sus buenas obras. El cristiano, cuando ama, debe llegar a tal radicalidad que su testimonio creará en torno animadversión. Es escandaloso para el mundo un amor así («no os sorprenda que el mundo os odie»): amar sin límites, a todos, siempre, a los enemigos. El verdadero enemigo, nos advierte Juan, es el odio que llega a matar, es decir, a convertir al prójimo en indiferente. Eso lo hace «el mundo».

Pero al matar al creyente por su testimonio, paradójicamente, se le permite la vida verdadera («*hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos*»). El amor salva y redime a quien lo da y a quien lo recibe. Por eso, en la máxima entrega del Hijo se ha producido la máxima salvación: así hemos conocido el amor y lo podemos comunicar. Amor sin consagración a Dios es amor débil, que llega a cansar. Aquí tenemos la clave y al mismo tiempo el gran servicio a la Iglesia de los grandes fundadores de órdenes religiosas: nos enseñan a conocer el amor dando la vida por quien es el Amor. Todo el que ama desde Cristo cuestiona: ¿serás tú capaz de amar de esta manera? La radicalidad no está en las formas, sino en la calidad del amor.

Evangelio: Mt 25,31-40

³¹ Cuando venga el Hijo del hombre en su gloria con todos sus ángeles, se sentará en su trono de gloria. ³² Todas las naciones se reunirán delante de él, y él separará unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, ³³ y pondrá las ovejas a un lado y los cabritos al otro. ³⁴ Entonces el rey dirá a los de un lado: «Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. ³⁵ Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve

sed, y me disteis de beber; era forastero, y me alojasteis; ³⁶ estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y fuisteis a verme». ³⁷ Entonces le responderán los justos: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos; sediento y te dimos de beber? ³⁸ ¿Cuándo te vimos forastero y te alojamos, o desnudo y te vestimos? ³⁹ ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?». ⁴⁰ Y el rey les responderá: «Os aseguro que cuando lo hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis».

➤ Las lecturas de hoy ofrecen un *crescendo*: del amor liberador, al amor de identificación, y de éste, en Mateo, al amor de unión o ágape. Amor en el que Cristo mismo se ha identificado con «mis humildes hermanos». Es la máxima verdad de la experiencia religiosa, hasta el punto de que este amor lo discierne todo en el creyente: «*él separará unos de otros*» no es sólo una acción del Hijo del hombre en su venida al final de los tiempos, sino el presente del amor que cada ser humano decide tener o dar. Es un presente escatológico en el que se decide todo: en el amor que doy hoy se define mi vida. En el Nuevo Testamento, Cristo sufre hambre y enfermedad y sed; su desnudez es la nuestra, y visitar a Cristo puede ser también ir a la cárcel a visitar a un preso. El Rey dirá por experiencia propia todas esas cosas: me visitasteis, me acogisteis, me vestisteis. Nunca ha estado Dios tan cercano, nunca el hombre tiene más motivos para decidirse por Él. Si el cristiano consagrado a Dios quiere unirse a Cristo, nunca el camino ha estado más claro. Nunca ser un consagrado ha estado más lejos del platonismo y la evasión infantil. El Amor concreto lo verifica todo. El amor me define ahora ya para el juicio final.

MEDITATIO

Es necesario volver a redefinir de vez en cuando en nuestra mente y alma lo que el desgaste del lenguaje va

reduciendo a pasajeros o acalorados sentimientos ante necesidades puntuales del prójimo. Éste es el caso del «amor» que nos evocan las lecturas de hoy. Meditar en el Amor, más que en mi necesidad de amar, ha de ser una constante en la vida cristiana. Es volver al Amor de la fuente, del origen. Hasta el amor, que parece que nos nace, hemos de aprender a recibirlo. Si nos nace, no es divino, porque amar no es grato en principio; el amor a lo divino es otra cosa. El amor en el hombre es fruto de una transformación y un arrobamiento previos que Dios mismo produce cuando se da a conocer a una persona. Hay que retorcer el propio modo de ser, dejarse cambiar, sufrir –si es preciso– antes de estar preparado para amar como Dios ama. Así fue en los profetas y santos y en el mismo Hijo.

La experiencia cristiana enseña que lo que le cuesta al hombre conseguir es cosa que Dios ha de dar. Y por lo mismo, lo que Dios regala por su inmensa misericordia es lo que al hombre más le cuesta acoger. Vivir en el amor no es «sentirme realizado»; es abrir en mí caminos del Espíritu por los que el prójimo transite con la dignidad que Dios le ha otorgado. Y al tiempo, con el prójimo me llega Dios mismo. Este amor supone un nuevo giro en mis «sentimientos» espontáneos.

La vida de las hermanitas fundadas por Teresa Jornet tiene esta esencial razón de ser: nace y se da como un camino entre la asistencia (estar presente para lo que falta) a Dios y la religión (re-ligarse con alguien) con el hermano. En la vida de Teresa Jornet se entrecruzan con diáfana claridad el Amor con que se siente amada por Dios y la necesidad de corresponderle, pero ¿cómo?: haciendo nacer lo mismo en los ancianos. No es una asistencia social: es amar al anciano abandonado con el mismo Amor con el que Dios le ama para que él mismo lo acoja. Por eso funda una familia de consagradas a Dios, «por» llamada de Dios, en el servicio a los más abandonados en su momento. No «para» resolver una

concreta necesidad social del siglo XIX, que hoy quedaría más o menos resuelta por los servicios sociales. Motivo de más para definir bien la vocación de Hermanita de Ancianos Desamparados cuando los diversos grupos e iniciativas sociales asumen sus deberes con los mayores y ancianos. Su vocación es consagrarse a Dios, y eso permanecerá aunque un día (¡ojalá!) todos los ancianos estén debidamente atendidos por la sociedad civil.

ORATIO

Que la eucaristía sea el centro de vuestra vida y de toda vuestra actividad; que la presencia de Jesús sacramentado sea vuestro imán de atracción íntima y renovadora; que la participación en su santo sacrificio, como actualización de su misterio pascual de pasión, muerte y resurrección constituya el momento culminante y renovador de vuestra vida; que la comunión eucarística condicione y transforme toda vuestra personalidad en la mayor semejanza con Cristo (de los sermones del padre López Novoa).

CONTEMPLATIO

Hoy más que nunca, en esta época de gigantescos progresos, estamos asistiendo al drama humano, a veces desolador, de tantas personas llegadas al umbral de la tercera edad que ven aparecer a su alrededor las densas nieblas de la pobreza material o de la indiferencia, del abandono, de la soledad. Nadie mejor que vosotras, amadísimas hijas, Hermanitas de los Ancianos Desamparados, conoce lo que ocultan los pliegues recónditos de tan triste realidad. Vosotras habéis sido y sois las confidentes de esa especie de vacío interior que no pueden llenar, ni siquiera con la abundancia de recursos materiales, quie-

nes están desprovistos y necesitados de afecto humano, de calor familiar. Vosotras habéis devuelto al rostro angustiado de personas venerables por su ancianidad la serenidad y la alegría de experimentar de nuevo los beneficios de un hogar. Vosotras habéis sido elegidas por Dios para reiterar ante el mundo la dimensión sagrada de la vida, para repetir a la sociedad con vuestro trabajo, inspirado en el espíritu del Evangelio y no en meros cálculos de eficiencia o comodidad humanas, que el hombre nunca puede considerarse bajo el prisma exclusivo de un instrumento rentable o de un árido utilitarismo, sino que es entitativamente sagrado por ser hijo de Dios y merece siempre todos los desvelos por estar predestinado a un destino eterno.

¡Oh! Si pudiéramos penetrar en vuestras comunidades y residencias, allí sorprenderíamos a tantas hijas de la nueva santa que, como ella, están difundiendo caridad: caridad encerrada en un gesto de bondad, en una palabra de consuelo, en la compañía comprensiva, en el servicio incondicional, en la solidaridad que solicita de otros una ayuda para el más necesitado (Pablo VI, homilía de la canonización de santa Teresa Jornet e Ibars).

ACTIO

Repite y medita durante el día estas palabras de la primera carta de san Juan:

«*El mensaje que habéis oído desde el principio es que debemos amarnos los unos a los otros*» (1 Jn 3,11).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Sí, la espiritualidad de la congregación de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados es *crístocéntrica*. Toda la existencia

de Teresa Jornet gravitó en torno a Jesucristo y la misión que el Espíritu confió a la joven de Aytona. Jesús fue su *amor preferente*. Creyó y amó a Jesús como mediador y revelador del *amor misericordioso*. Ella ha decidido ser su *mediadora junto a los ancianos*. La espiritualidad de Teresa es verdaderamente *cristo-céntrica*. «Hay que vivir cada día y hacerse fuertes en el amor de Dios». La santa fundadora vivía en armonía con la Iglesia: «Podemos decir que la vida espiritual, entendida como vida en Cristo, vida según el Espíritu, es como un itinerario de progresiva fidelidad, en la que la persona consagrada es guiada por el Espíritu y conformada por Él a Cristo, en total comunión de amor y de servicio a la Iglesia» (Juan Pablo II, exhortación apostólica *Vita Consecrata*, n. 93c).

Es indudable que Teresa y su congregación, guiadas por el Espíritu, sirven con amor a Cristo y a la «Iglesia de los pobres». La santa catalana alimentaba su espiritualidad *escuchando, conociendo y amando a Jesucristo*, Palabra de Dios y revelación de su Amor universal. Ya en su tiempo vivía lo que nos recuerda la Iglesia: «Estar a la escucha de la Palabra de Dios, que es la primera fuente de toda espiritualidad cristiana, sobre todo de los evangelios, que son el corazón de todas las Escrituras» (*ibíd.* n. 94). Este encuentro con Jesucristo consolidaba su espiritualidad y le hacía ponerse en contacto directo con «*la humanidad doliente*»: los ancianos. Junto a ellos se curtía y templaba y se mostraba la verdad de la espiritualidad de la santa fundadora: «Cuiden con esmero a los ancianos y háganlo con el recto fin de agradar a Dios. No hagan las cosas por respeto humano».

No lo dudemos, la vida de Teresa, su espiritualidad, su «*biografía personal*», es una historia de amor a Jesucristo y de compasión misericordiosa hacia los ancianos. Ése fue el fruto de su espiritualidad auténtica. Para entretener y escribir esa «*biografía*», Teresa se entregó ella misma. Su salud, su tiempo, su cultura, su trabajo, sus «*talentos*»... fueron los hilos de su bordado de amor en beneficio de los ancianos. Así rubricó ella su verdadero amor a Jesucristo. Esa misma actitud de entrega generosa es lo que pide y espera de sus hijas: «Una cosa les encargo, y es que amen y quieran mucho a nuestro amadísimo Jesús, que tanto sufrió Él por nosotras». Y en las Constituciones leemos: «*Recuerden las hermanitas que nuestro Señor Jesucristo,*

Maestro y Modelo divino de perfección, predicó la santidad...»
(Const. n. 3) (T. de Bustos, o. p., *Hermanitas de los ancianos desamparados: «Su carisma y su espiritualidad»*, Palencia 2003, pp. 42-43).

Santa Mónica

27 de agosto

Mónica nació en Tagaste, la actual Souk Aharàs (Argelia), el año 331 o 332, en el seno de una familia cristiana y de buena condición social. Siendo aún adolescente, fue entregada como esposa a Patricio, que todavía no era cristiano. Tenía éste un modesto patrimonio y era miembro del consejo municipal de Tagaste.

Mónica era una mujer africana del bajo imperio romano, madre de uno de los más grandes padres de la Iglesia, san Agustín. Era, podríamos decir, una mujer paleocristiana, muy alejada de nosotros en el tiempo y, sin embargo, enormemente actual. «Con traje de mujer, fe de varón, seguridad de anciana, caridad de madre y piedad cristiana» (*Confesiones* IX, 4,8), se ganó a su marido para Cristo y obtuvo también la conversión del «hijo de tantas lágrimas».

Estuvo presente en el bautismo de Agustín en Milán y participó de una manera activa en su primera experiencia monástica en Cassiciaco. Mientras regresaba a África con su hijo y los amigos de éste, murió en Ostia Tiberina, cerca de Roma, antes del 13 de noviembre de 387.

Dos semanas antes de que esto se produjera, madre e hijo tuvieron el dulce éxtasis de Ostia»: «Y mientras hablábamos y suspirábamos por ella [la Sabiduría], llegamos a tocarla un poco con todo el ímpetu de nuestro corazón; y suspirando y dejando allí prisioneras las primicias de nuestro espíritu» (*ibíd.*, IX, 10,24).

LECTIO

Primera lectura: Eclesiástico 26,1-4.13-16

¹ Dichoso el marido de una mujer buena:
el número de sus días se duplicará.

² Una mujer perfecta es la alegría del marido,
que pasará en paz los años de su vida.

³ Una mujer buena es una herencia preciosa,
concedida a los que temen al Señor:

⁴ sean ricos o pobres, su corazón está contento,
y tienen siempre rostro alegre.

¹³ El encanto de la mujer deleita a su marido,
su saber lo robustece.

¹⁴ Don del Señor es la mujer callada,
no tiene precio la bien educada.

¹⁵ La mujer honesta multiplica su encanto,
es incalculable el valor de la que se sabe dominar.

¹⁶ Como sol que sale por montes empinados
es la belleza de la mujer buena en su casa ordenada.

➔ El texto de la primera lectura se centra en la especificidad femenina, expresada por la «*mujer*», de cuya «*bondad-virtud*» depende la «*dicha*» del hombre. Podríamos decir que la mujer representa aquí la «*vocación a la felicidad*» del hombre. En el ámbito familiar –«*la casa*», lugar donde se desarrolla la relación matrimonial, el tú a tú que liga al hombre y la mujer–, la figura femenina es llamada y atracción, mediadora y encarnación de la suprema belleza de Dios. Una belleza y una bondad que el hombre no sólo puede contemplar en la alegría de su corazón, sino que incluso puede desposarse con ella.

La «*felicidad*», la «*alegría*», la «*serenidad*», la «*buena suerte*», la «*paz*», la «*larga vida*», el «*vigor*» y la «*gracia*» del hombre están como transmitidos por ese tipo de mujer que encarna en sí misma todos los atributos de la

virtud. En efecto, todas las categorías que exaltan su femineidad, esas que constituyen las cualidades positivas y espirituales que hacen al hombre plena y verdaderamente humano, giran en torno al campo semántico de la «virtud». Ahora se hace claro quién es esta mujer virtuosa del Eclesiástico o la «*mujer perfecta*» de los Proverbios (31,10): la metáfora femenina, en los escritos sapienciales, encarna y expresa a la Sabiduría.

Evangelio: Lucas 7,11-17

En aquel tiempo, ¹¹ Jesús se marchó a un pueblo llamado Naín, acompañado de sus discípulos y de mucha gente. ¹² Cerca ya de la entrada del pueblo, se encontraron con que llevaban a enterrar al hijo único de una viuda. La acompañaba mucha gente del pueblo. ¹³ El Señor, al verla, se compadeció de ella y le dijo:

–No llores.

¹⁴ Y acercándose, tocó el féretro. Los que lo llevaban se pararon. Entonces dijo:

–Muchacho, a ti te digo: levántate.

¹⁵ El muerto se incorporó y se puso a hablar, y Jesús se lo entregó a su madre. ¹⁶ El temor se apoderó de todos, y alababan a Dios diciendo:

–Un gran profeta ha surgido entre nosotros; Dios ha visitado a su pueblo.

¹⁷ La noticia se propagó por toda la región de los judíos y por toda aquella comarca.

➔ El núcleo del relato de Lucas, que no se encuentra en los otros dos evangelistas, es el encuentro entre Jesús y esta mujer, una viuda, sola, sin amor, lejos de su esposo, madre del hijo a quien había dado la vida y que ahora no puede sustraer a la muerte. De una manera difuminada se perfilan los rasgos particulares de la pasión y resurrección de Cristo: el encuentro que tiene lugar «*cerca ya de la entrada del pueblo*», fuera de Naín, por

tanto, y su crucifixión fuera de la puerta de Jerusalén; el «*ataúd*» y su «*sepulcro*»; el «levantarse-incorporarse» del joven y su «*resurrección*».

Lucas revela aquí la identidad de Jesús: el Resucitado, el Vencedor de la muerte, es también Señor de misericordia. Lleva en él los mismos sentimientos maternos de la mujer: todo su ánimo está implicado en un «*con-moverse*» profundo, visceral, como el de las «*entrañas maternas*», que se abren para recibir a una nueva criatura en el acto de dejar sitio, de con-sentir (alegría y dolor) con este otro que hay en ellas (cf. también Lc 15,20).

Jesús plantea a la mujer una petición paradójica: «*No llores*». Estas palabras conllevan asimismo toda la fuerza y la ternura de una promesa de felicidad—«*Enjugará las lágrimas de sus ojos y no habrá ya muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo viejo se ha desvanecido*» (Ap 21,4)— que atraviesa y va más allá de la muerte. Aquí reside todo el sentido de la encarnación, expresado de una manera sintética por el gesto de Jesús, que «*tocó*» el féretro y pronunció, allí donde el hombre se encuentra en el fin, la palabra que le hace recomenzar: «*Muchacho, a ti te digo: levántate*».

Gracias al contacto con Jesús y con su Palabra, el hijo muerto vuelve a la vida. De la oscuridad de la falta de sentido y de aislamiento se le restituye a la relación vital con los otros y con el mundo, tras haber recuperado la capacidad de hablar y de entrar en comunicación. Y Jesús, en un gesto de extrema delicadeza, lo devuelve a los brazos de su madre.

MEDITATIO

Mónica es una «santa»; por tanto, una «mujer» verdadera. En ella convergen y se encarnan la belleza virginal de la «*mujer virtuosa*» del libro del Eclesiástico y la ma-

terna com-pasión de la «viuda» del Nuevo Testamento, que convierte su vida en una intercesión por la vida de su hijo. La santidad de Mónica nos lleva al corazón de la vocación y de la misión de la mujer (léase *Mulieris dignitatem* VIII, 30). Esta misión de «guardián del hombre» la realizó Mónica a fondo. Hizo frente con una gran dignidad e inteligencia, con esa «genialidad absolutamente femenina», a las dificultades de una convivencia matrimonial con un hombre «pagano» dotado de un carácter muy difícil, «al que –dice de manera cruda Agustín– «fue entregada» (*Confesiones* IX, 9,19). Sin perder nunca el gusto por el bien, incluso en las adversidades (un arte más que difícil), «se esforzó por ganarle para ti, hablándole de ti con sus costumbres, con las que la hacías hermosa y reverentemente amable y admirable ante sus ojos» (*ibid.*).

Desplegando «las grandes energías del espíritu femenino», sostuvo, con las lágrimas y la oración de una vida totalmente consagrada a Dios, una verdadera y propia lucha por la fe de su hijo Agustín. La lucha que es «la *lucha a favor del hombre, de su verdadero bien, de su salvación* [...], la lucha por su fundamental “sí” o “no” a Dios y a su designio eterno sobre el hombre» (*Mulieris dignitatem* VIII, 30).

El mismo Agustín, que también fue su mayor biógrafo, dirá más tarde de ella: «Creo sin la menor incertidumbre que por tus oraciones, madre, Dios me concedió no querer, no pensar, no amar otra cosa que la consecución de la verdad» (*De Ordine* II, 50,52). Mónica es la madre, por tanto, de una «doble maternidad»: «Me engendró en la carne, para que naciera a la luz temporal, y en su corazón, para que naciera a la luz eterna» (*Confesiones* VIII, 17). Si, en la relación hombre-mujer, la mujer representa el punto de encuentro de la humanidad con Dios, precisamente por la humanidad de que es portadora, en Mónica, en su ser madre en plenitud, la paternidad de Dios ha podido actuar con una maravillosa alianza.

ORATIO

Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé. Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no lo estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y abraséme en tu paz.

¡Oh casa luminosa y bella!, amado de tu hermosura y el lugar donde mora la gloria de mi Señor, tu hacedor y tu poseedor. Por ti suspire mi peregrinación, y dígame al que te hizo a ti que también me posea a mí en ti, porque también me ha creado en ti. [...] Acordándome de Jerusalén, alargando hacia ella, que está arriba, mi corazón, de Jerusalén la patria mía, de Jerusalén la de mi madre, y de ti, su Rey sobre ella, su iluminador, su padre, su tutor, su marido, sus castas y grandes delicias, su sólida alegría y todos los bienes inefables, a un tiempo todos; porque tú eres el único, el sumo y verdadero bien. Que no me aparte más de ti hasta que, recogéndome, cuanto soy, de esta dispersión y deformidad, me conformes, y confirmes eternamente, ¡oh Dios mío, misericordia mía! (*Confesiones* X, 27,38; XII, 16, 21.23).

CONTEMPLATIO

Estando ya inminente el día en que había de salir de esta vida –que tú, Señor, conocías y nosotros ignorábamos–, sucedió a lo que yo creo, disponiéndolo tú por tus modos ocultos, que nos hallásemos solos yo y ella apoyados sobre una ventana, desde donde se contemplaba

un huerto o jardín que había dentro de la casa, allí en Ostia Tiberina, donde, apartados de las turbas, después de las fatigas de un largo viaje, cogíamos fuerzas para la navegación.

Allí solos conversábamos dulcísimamente, y olvidando las cosas pasadas, ocupados en lo por venir, nos preguntábamos los dos, delante de la verdad presente, que eres tú, cuál sería la vida eterna de los santos, que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre concibió. Abríamos anhelosos la boca de nuestro corazón hacia aquellos raudales soberanos de tu fuente –de la fuente de vida que está en ti– para que, rociados según nuestra capacidad, nos formásemos de algún modo una idea de algo tan grande. Y como llegara nuestro discurso a la conclusión de que cualquier deleite de los sentidos carnales, aunque sea el más grande, revestido del mayor esplendor corpóreo, ante el gozo de aquella vida no sólo no es digno de comparación, sino ni siquiera de ser mencionado, levantándonos con un afecto más ardiente hacia el que es siempre el mismo, recorrimos gradualmente todos los seres corpóreos, hasta el mismo cielo, desde donde el sol y la luna envían sus rayos a la tierra.

Y subimos todavía más arriba, pensando, hablando y admirando tus obras; y llegamos hasta nuestras almas y las sobrepasamos también, a fin de llegar a la región de la abundancia que no se agota, en donde tú apacientas a Israel eternamente con el pasto de la verdad, y la vida es la Sabiduría, por quien todas las cosas existen, tanto las ya creadas como las que han de ser, sin que ella lo sea por nadie; siendo ahora como fue antes y como será siempre, o más bien, sin que haya en ella fue ni será, sino sólo es, por ser eterna, porque lo que ha sido o será no es eterno. Y mientras hablábamos y suspirábamos por ella, llegamos a tocarla un poco con todo el ímpetu de nuestro corazón; y suspirando y dejando allí prisioneras las primicias de nuestro espíritu, regresamos al estrépito de nuestra boca, donde el verbo humano tiene prin-

cipio y fin, en nada semejante a tu Verbo, Señor nuestro, que permanece en sí sin envejecer, y renueva todas las cosas (Agustín de Hipona, *Confesiones* IX, 10,23-24, *passim*).

ACTIO

Repite a menudo y medita durante el día estas palabras de Agustín:

«*Quien es feliz tiene a Dios*» (*De vita beata* II, 11).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Entre finales de octubre y primeros de noviembre del año 386 se retiró Agustín con su madre, Mónica, su hermano Navigio, su hijo Adeodato, su amigo Alipio [...] a la villa de su amigo Verecundo en Cassiciaco. En la paz campestre de Brianza, entre el susurrar de las hojas y de los arroyos, con los Alpes como paisaje, se preparó Agustín para el bautismo. La comitiva africana vivía en un clima de intensa espiritualidad, ocupando gran parte de su tiempo en disputas de filosofía, de una filosofía sometida ahora a la fe y deseosa de conocer su contenido.

En esta comitiva, Mónica hacía un poco de madre de todos, hacía unas veces de solícita y enérgica ama de casa, otras de maestra sabia y experta. Cuando los que discutían se olvidaban de comer, Mónica les invitaba a hacerlo y, si era necesario, les impulsaba con tanta fogosidad que les obligaba a interrumpir la discusión. Cuando la invitaban a tomar parte en la misma discusión, daba respuestas tan discretas que suscitaba la admiración de todos. Como cuando declaró que la verdad es el alimento del alma; o, sin saberlo, definió la felicidad con las mismas palabras de Cicerón; o sostuvo que sin sabiduría nadie puede ser feliz; o recordó, por último, que sólo la fe, la esperanza y la caridad pueden conducirnos a la vida bienaventurada.

Agustín, que estaba alegremente sorprendido de tanta sabiduría, afirma que su madre ha «alcanzado la cumbre de la fi-

losofía» y se declara discípulo suyo. La «filosofía» de Mónica es la sabiduría del Evangelio, una sabiduría que no ha conquistado con el estudio, sino con la virtud, la oración, la docilidad al Espíritu. La posee ahora en un grado eminente. Es intrépida. No teme ni la desventura ni la muerte. A saber: ha llegado a una disposición interior difícilísima, aunque importantísima, que constituye –por consenso unánime– la cima de la sabiduría. Rica de amor a Dios y al prójimo, que es el fundamento de la sabiduría evangélica, puede prescindir de la ciencia de los filósofos y recoger sus frutos. Por eso Agustín se declara discípulo suyo y confía a las oraciones de ella la consecución del ideal de sabiduría al que aspira (A. Trapè, *S. Agostino. Mia madre*).

San Agustín de Hipona

28 de agosto

Agustín nació en Tagaste el 13 de noviembre del año 354. Fue educado siguiendo los hábitos cristianos de su madre, Mónica, y, como se reveló enseguida como un joven de prometedoras cualidades, fue encaminado a la carrera de retórica. Ya desde los tiempos de estudio en Cartago estuvo marcado por una incomodidad interior que le llevaría lejos. La primera respuesta a esta sed de totalidad fue una vida mundana tejida por varios vínculos, más o menos límpidos. Ahora bien, la inquietud es también sed y búsqueda de la verdad: se apasiona con la lectura del *Ortensio* de Cicerón, lee la Sagrada Escritura, pero no se entusiasma con ella y acaba por adherirse al racionalismo y al materialismo de la secta de los maniqueos. Tras haber enseñado en Tagaste y en Cartago, se traslada primero a Roma (383) y después a Milán (384). Aquí su viaje espiritual da un viraje decisivo: conoce y escucha al obispo Ambrosio, revisa sus posiciones sobre la Iglesia católica, vuelve a leer la Sagrada Escritura y, en medio de la lucha entre sus antiguos hábitos de vida y los nuevos impulsos interiores, al final se abre a la luz y a la riqueza de Cristo.

Fue bautizado el año 387 por Ambrosio. Decidido a volver a África, se establece en Tagaste y funda allí su primera comunidad monástica, siguiendo el modelo de la comunidad cristiana de Jerusalén. En el año 391 fue ordenado sacerdote por el obispo Valerio, a quien en el 395 le sucede en la guía de la diócesis de Hipona. Desde entonces se dedica por completo a la vida de la Iglesia —ministerio de la Palabra, defensa de la fe—, aunque prosigue con la experiencia de vida común con un grupo de

hermanos monjes, a los que trasladada al episcopio. Escribió más de doscientos libros y casi un millar de documentos, entre sermones y cartas. Murió el 28 de agosto del año 430. Hasta tal punto fue hijo de la Iglesia que se convirtió en padre... y doctor.

LECTIO

Primera lectura: 1 Juan 4,7-14

⁷ Queridos míos, amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios. Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. ⁸ Quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor. ⁹ Dios nos ha manifestado el amor que nos tiene enviando al mundo a su Hijo único, para que vivamos por él. ¹⁰ El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo para librarnos de nuestros pecados.

¹¹ Queridos míos, si Dios nos ha amado así, también nosotros debemos amarnos unos a otros. ¹² Nadie ha visto jamás a Dios; si nosotros nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su perfección. ¹³ En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros: en que él nos ha dado su Espíritu. ¹⁴ Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre ha enviado a su Hijo como Salvador del mundo.

➡ No sé cómo hubiera podido hacernos Juan el elogio de la caridad con palabras más sublimes que éstas: «*Dios es amor*». Una frase breve, de un solo período, pero, si la sopesamos, ¡cuántas cosas contiene!

Dios es invisible: no debemos, pues, buscarle con los ojos, sino con el corazón. Del mismo modo que, para ver nuestro sol, liberamos de cualquier imperfección los ojos del cuerpo, con los que podemos ver la luz, así, si queremos ver a Dios, debemos purificar el ojo con el que podemos ver a Dios. ¿Dónde se encuentra ese ojo?

Escucha el evangelio: «*Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios*» (Mt 5,8) [...].

Si quieres ver a Dios, tienes a tu disposición la idea justa: «*Dios es amor*». ¿Qué rostro tiene el amor? ¿Qué forma, qué estatura, qué pies, qué manos? Nadie lo puede decir. Sin embargo, tiene pies que conducen a la Iglesia, tiene manos que dan a los pobres, tiene ojos con los que se llega a ver a los que están en necesidad.

Me preguntas: «¿En qué campo debo ejercitar este amor?». En el de la caridad fraterna. Podrías decirme, en efecto: «Nunca he visto a Dios», pero nunca podrás decirme: «Nunca he visto a un hombre». Ama, pues, al hermano. Si amas al hermano al que ves, podrás ver al mismo tiempo a Dios, puesto que verás a la caridad misma, y Dios habita en la caridad (Agustín de Hipona, *Comentario a la primera carta de Juan IX, 1; VII, 10; V, 7*).

Evangelio: Juan 15,9-17

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ⁹ Como el Padre me ama a mí, así os amo yo a vosotros. Permaneced en mi amor. ¹⁰ Pero sólo permaneceréis en mi amor si obedecéis mis mandamientos, lo mismo que yo he observado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. ¹¹ Os he dicho todo esto para que participéis en mi gozo y vuestro gozo sea completo.

¹² Mi mandamiento es éste: amaos los unos a los otros, como yo os he amado. ¹³ Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos. ¹⁴ Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. ¹⁵ En adelante, ya no os llamaré siervos, porque el siervo no conoce lo que hace su señor. Desde ahora os llamo amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre.

¹⁶ No me elegisteis vosotros a mí; fui yo quien os elegí a vosotros. Y os he destinado para que vayáis y deis fruto abundante y duradero. Así, el Padre os dará todo lo que le pidáis en mi nombre. ¹⁷ Lo que yo os mando es esto: que os améis los unos a los otros.

► ¿Es el amor lo que nos pone en condiciones de observar los mandamientos o bien es la observancia de los mandamientos lo que nos permite amar? ¿Quién puede dudar de que el amor precede a la observancia? En efecto, quien no ama no tiene fundamento alguno para la observancia de los mandamientos. Por consiguiente, el Señor nos muestra aquí no la causa engendradora del amor, sino el modo como éste se manifiesta [...].

Cuando dice después: «*Mi mandamiento es éste*», parece indicar justamente que no nos da otros. ¿Deberemos entender, entonces, en este sentido sus palabras, a saber: que sólo nos da el mandamiento del amor, por el que debemos amarnos los unos a los otros? ¿Acaso no hay un mandamiento mayor, el mandamiento de amar a Dios? O bien ¿deberemos concluir que Dios nos ha ordenado sólo amarnos mutuamente, liberándonos de cualquier otro deber?

Reflexionemos sobre lo que dice el apóstol: «*El amor es la plenitud de la ley*» (Rom 13,10). Así pues, donde hay caridad, ¿qué puede faltarnos? Mientras que donde no hay caridad, ¿qué puede ayudarnos? El mismo diablo cree, pero no ama, mientras que no puede dejar de creer quien ama. El que no ama puede esperar también –aunque inútilmente– que será perdonado, pero ciertamente no puede desesperar el que ama. En consecuencia, allí donde hay amor, hay necesariamente fe y esperanza; y donde hay amor al prójimo, necesariamente hay amor a Dios. ¿Cómo puede, en efecto, amar al prójimo como a sí mismo quien no ama a Dios, si –al no amar a Dios– ni siquiera se ama a sí mismo?

Se entiende, claro está, que este amor debe ser distinto del que los hombres alimentan mutuamente como hombres, y para hacer esta distinción añade el Señor: «*Como yo os he amado*». ¿Y de qué modo nos ha amado Cristo, sino con el objetivo de hacernos reinar con él en el cielo? Con este mismo objetivo debemos amarnos mutuamente:

a fin de que Dios sea todo en todos (Agustín de Hipona, *Comentario al evangelio de Juan* LXXX, 2, 3; LXXXIII, 2).

MEDITATIO

Las palabras de Agustín son palabras de un amor apasionado. Una inquietud del corazón, una nostalgia y un deseo que se traducen en una búsqueda incansable, posible y fecunda sólo en el interior de una oración interminable, que es su misma existencia.

De la nostalgia del corazón asoman los rasgos de la belleza interior: un deseo de verdad y de amor que Agustín comprende como «suspiro de identidad»; es la divina semejanza. Y Agustín abre a Dios todo su ser: el pasado, el presente, el futuro, consciente de que sólo Dios puede vencer sus resistencias, sus miedos, todas sus debilidades de hombre, y satisfacer su sed.

«Nos creaste para ti y nuestro corazón andará siempre inquieto mientras no descanse en ti» (Agustín de Hipona, *Confesiones* I, 1). A la luz de la verdad encontrada, Agustín ve con mayor claridad su pecado y la necesidad de la gracia, de la intervención divina, y comprende toda la orgullosa pretensión de su yo. Pero eso es lo que tiene lugar ahora en el corazón de su ininterrumpido diálogo con Dios, el Padre de su despertar. El Padre le ama, y nada puede apartar a Agustín de la confiada certeza de que la gracia de Cristo vencerá sobre el pecado; se restaurará en él «el orden del amor» y, con él, la bienaventuranza de la paz y de la libertad.

ORATIO

A ti te invoco, Dios Verdad, en quien, de quien y por quien son verdaderas todas las cosas verdaderas. Dios,

Sabiduría, en ti, de ti y por ti saben todos los que saben. Dios, verdadera y suma vida, en quien, de quien y por quien viven las cosas que suma y verdaderamente viven. Dios bienaventuranza, en quien, de quien y por quien son bienaventurados cuantos hay bienaventurados. Dios, Bondad y Hermosura, principio, causa y fuente de todo lo bueno y hermoso. Dios, Luz inteligible, en ti, de ti y por ti luce inteligiblemente todo cuanto inteligiblemente luce. Dios, cuyo Reino es todo el mundo, que no alcanzan los sentidos. Dios, la ley de cuyo Reino también en estos reinos se describe. Dios, de quien separarse es caer, a quien volver es levantarse, permanecer en ti es hallarse firme. Dios, darte a ti la espalda es morir, volver a ti es revivir, morar en ti es vivir. Dios, a quien nadie pierde sino engañado, a quien nadie busca sino avisado, a quien nadie halla sino purificado. Dios, dejarte a ti es perderse, seguirte a ti es amar, verte es poseerte. Dios, a quien nos despierta la fe, levanta la esperanza, une la caridad. Te invoco a ti, Dios, por quien vencemos al enemigo. Dios, por cuyo favor no hemos perecido nosotros totalmente. Dios que nos exhortas para que vigilemos. Dios, por quien discernimos los bienes de los males. Dios, por quien evitamos el mal y seguimos el bien. Dios, por quien no sucumbimos a las adversidades. Dios, a quien se debe nuestra buena obediencia y buen gobierno. Dios, por quien aprendemos que es ajeno lo que alguna vez creímos nuestro y nuestro lo que creímos ajeno. Dios, gracias a ti superamos los estímulos y halagos de los malos. Dios, por quien las cosas pequeñas no nos empequeñecen. Dios, por quien lo mejor de nosotros no está sujeto a lo peor. Dios, por quien la muerte será absorbida con la victoria. Dios, que nos conviertes. Dios, que nos desnudas de lo que no es y vistes de lo que es. Dios, que nos haces dignos de ser oídos. Dios, que nos defiendes. Dios, que nos guías a toda verdad. Dios, que nos muestras todo bien, dándonos la cordura y librándonos de la estulticia ajena. Dios, que nos vuelves

al camino. Dios, que nos llevas hasta la puerta. Dios, que haces que sea abierta a los que llaman. Dios, que nos das el Pan de la vida. Dios, que nos das la sed de la bebida que nos sacia. Dios, que arguyes al mundo de pecado, de justicia y juicio. Dios, por quien no nos arrastran los que no creen. Dios, por quien reprobamos el error de los que piensan que las almas no tienen ningún mérito delante de ti. Dios, por quien no somos esclavos de los serviles y pobres elementos. Dios, que nos purificas y preparas para el divino premio, acude propicio en mi ayuda (Agustín de Hipona, *Soliloquios* I, 3).

CONTEMPLATIO

No con conciencia dudosa, sino cierta, Señor, te amo yo. Heriste mi corazón con tu palabra y te amé. Mas también el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos se contiene he aquí que me dicen de todas partes que te ame; ni cesan de decírselo a todos, a fin de que sean inexcusables. Sin embargo, tú te compadecerás más altamente de quien te compadecieres y prestarás más tu misericordia con quien fueses misericordioso: de otro modo, el cielo y la tierra cantarían tus alabanzas a sordos.

Y ¿qué es lo que amo cuando yo te amo? No belleza de cuerpo ni hermosura de tiempo, no blancura de luz, tan amable a estos ojos terrenos; no dulces melodías de toda clase de cantilenas, no fragancia de flores, de ungüentos y de aromas; no manás ni mieles, no miembros gratos a los amplexos de la carne: nada de esto amo cuando amo a mi Dios. Y, sin embargo, amo cierta luz, y cierta voz, y cierta fragancia, y cierto alimento, y cierto amplexo, cuando amo a mi Dios, luz, voz, fragancia, alimento y amplexo del hombre mío interior, donde resplandece a mi alma lo que no se consume comiendo, y se adhiere lo que la saciedad no separa. Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios (*Confesiones* X, 6,8).

ACTIO

Repite y medita con frecuencia durante el día esta expresión de san Agustín:

«*Ama y haz lo que quieras*» (Comentario a la primera carta de Juan VII, 8).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En Agustín no vivió un solo hombre: vivió en él la criatura de carne y hueso, de nervios y sangre, con su desarrollo misterioso, múltiple; vivió el escritor, conjuntamente sumo escritor, sumo filósofo, sumo teólogo, y sobre cualquier otra cosa poeta sumo de los afectos y de las verdades; vivió el cristiano y el monje, el sacerdote y el obispo, el santo. Recibió de Dios todos los dones más altos: una juventud tempestuosa, la palabra creadora, el silencio inenarrable de la oración, la fuerza necesaria para gobernar su ánimo en la navegación ultraterrena y en el aura de lo divino. Experiencia de hijo y de padre, de pecador desbandado y de obispo muy rígido, de escolar y profesor y, por tanto, de maestro de su pueblo y de todo el Occidente; de mundano y de monje, de escritor y de filósofo, de polemista y de amigo, de pensador y de contradictor y orador.

En todos esos pasajes no perdáis nada de su riquísima y potentísima humanidad: todo lo llevó consigo y lo fundió en el ardor y en la luz única de su santidad dolorosa y extática. Amó, y de su experiencia de amor surgirá un amor a Dios, tal vez el más elevado que jamás haya salido de corazón humano [...]. Cuando moría Agustín en su ciudad asediada, no moría nada: nacía, para él, en los cielos amados sin paz y deseados sin tregua; nacía, para nosotros, en nuestra historia y en nuestra alma. Desde aquel día hay algo de agustiniano tanto en la historia de todos los hombres como en la historia de cada uno de ellos (G. de Luca, *Sant'Agostino. Scritti d'occasione e traduzioni*).

Martirio de san Juan Bautista

29 de agosto

El «*más grande de entre los nacidos de mujer*» murió mártir, víctima de la fe y de la misión que había desarrollado. Su decapitación tuvo lugar en la fortaleza de Maqueronte, en el mar Muerto, lugar de vacaciones del vicioso rey Herodes. La sangre de Juan el Bautista selló su testimonio en favor de Jesús: con su misma muerte completó su misión de precursor. La fecha de hoy recuerda tal vez la dedicación de la antigua basílica erigida en Sebaste (Samaría) en honor del precursor del Mesías.

LECTIO

Primera lectura: Jeremías 1,17-19

En aquellos días, me fue dirigida la palabra del Señor para decirme:

¹⁷ Pero tú, cíñete la cintura,
levántate y diles
todo lo que yo te mande.
No les tengas miedo,
no sea que yo te haga temblar ante ellos.

¹⁸ Yo te constituyo hoy en plaza fuerte,
en columna de hierro
y muralla de bronce
frente a todo el país:
frente a los reyes de Judá y sus príncipes,

frente a los sacerdotes
y los terratenientes.

¹⁹ Ellos lucharán contra ti,
pero no te podrán,
porque yo estoy contigo para librarte.

➔ Si la figura de Juan el Bautista nos ayuda a comprender la misión de Jesús, el acontecimiento histórico del profeta Jeremías nos ayuda, indudablemente, a comprender la misión de Juan el Bautista. En este punto sería preciso recordar toda la peripecia histórica de Jeremías: sólo entonces podríamos comprender el valor de estas dos «vidas paralelas». Pero esta primera lectura de la liturgia nos presenta algunas peculiaridades que hemos de poner particularmente de relieve: la *parresía*, o bien el «coraje» de decir todo; la fortaleza para resistir a la prepotencia de los jefes; la fe, es decir, la certeza de poder vencer en el nombre del Señor.

La *parresía* es característica típica de todo auténtico profeta: no puede callar lo que le ha sido revelado con el propósito de darlo a conocer a otros. Y será precisamente este coraje de decirlo todo lo que abrirá al profeta el camino del martirio. La actitud de oponer resistencia a los prepotentes, tanto en el caso de Jeremías como en el de Juan el Bautista, es señal de un coraje inexplicable desde el punto de vista humano: es una franqueza que sólo Dios puede dar a quien se le somete y acepta la misión que le da. En última instancia, la certeza de la victoria la deduce el profeta de una revelación que está al comienzo de su misión: «*Yo estoy contigo para librarte*», una certeza que no le abandonará nunca más.

Evangelio: Marcos 6,17-29

En aquel tiempo, ¹⁷ Herodes había mandado prender a Juan y lo había condenado metiéndolo en la cárcel por causa de

Herodías, la mujer de su hermano Filipo, con quien él se había casado. ¹⁸ Pues Juan le decía a Herodes:

–No te es lícito tener la mujer de tu hermano.

¹⁹ Herodías detestaba a Juan y quería matarlo, pero no podía, ²⁰ porque Herodes lo respetaba, sabiendo que era un hombre recto y santo, y lo protegía. Cuando le oía, quedaba muy perplejo, pero lo escuchaba con gusto.

²¹ La oportunidad se presentó cuando Herodes, en su cumpleaños, ofrecía un banquete a sus magnates, a los tribunos y a la nobleza de Galilea. ²² Entró la hija de Herodías y danzó, gustando mucho a Herodes y a los comensales. El rey dijo entonces a la joven:

–Pídeme lo que quieras y te lo daré.

²³ Y le juró una y otra vez:

–Te daré lo que me pidas, aunque sea la mitad de mi reino.

²⁴ Ella salió y preguntó a su madre:

–¿Qué le pido?

Su madre le contestó:

–La cabeza de Juan el Bautista.

²⁵ Ella entró enseguida y a toda prisa donde estaba el rey y le hizo esta petición:

–Quiero que me des ahora mismo en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista.

²⁶ El rey se entristeció mucho, pero a causa del juramento y de los comensales no quiso desairarla. ²⁷ Sin más dilación envió a un guardia con la orden de traer la cabeza de Juan. Éste fue, le cortó la cabeza en la cárcel, ²⁸ la trajo en una bandeja y se la entregó a la joven, y la joven se la dio a su madre.

²⁹ Al enterarse sus discípulos, fueron a recoger el cadáver y le dieron sepultura.

➡ El relato evangélico del martirio de Juan el Bautista está situado en el camino de Jesús hacia Jerusalén como una etapa fundamental. Con él no sólo se concluye el ciclo de la vida del Bautista, sino que también es preludeo del martirio de Jesús.

No debemos dejarnos impresionar sólo por los detalles narrativos, muy sugestivos por otra parte, que nos

presenta esta página de Marcos. Al evangelista no le interesa poner de manifiesto ni el vicio de Herodes ni la malicia de Herodías, ni siquiera la ligereza de su hija. Su intención es proporcionar el debido relieve a la figura de Juan el Bautista, el «mentor» –podríamos decir– del Nazareno, y mostrar cómo este gran profeta pone término a su vida del mismo modo y por los mismos motivos que morirá Jesús.

Éste es el pequeño «misterio pascual» de Juan el Bautista, el cual, tras haber conocido la adversidad de los enemigos del Evangelio, conoce ahora el silencio del sepulcro en espera de la resurrección.

MEDITATIO

Los recuerdos bíblicos relativos a Juan el Bautista nos invitan a meditar sobre el don de la profecía, en particular sobre la figura del profeta. ¿Cuál es exactamente su función en el pueblo de Dios? ¿Cuáles son las opciones que le califican claramente como profeta? ¿De qué modo se sitúa ante sus contemporáneos como signo de una presencia superior, como portavoz de una Palabra divina?

El profeta se manifiesta como tal *por su modo de hablar*, por el estilo que caracteriza su predicación. La palabra no lo es todo, pero ya es capaz de manifestar el sentido de una presencia, incómoda pero ineludible, con la que todos deben contar. El profeta se manifiesta como tal, también y sobre todo, *con las opciones de vida que lleva a cabo*. De este modo demuestra que ha percibido que el tiempo en el que vive es precisamente aquel en el que Dios le llama a ser-para-los-otros. No se puede sustraer a esta llamada (deberíamos leer, a este respecto, el c. 17 de Jeremías), so pena de ser infiel a su misión. Por último, el profeta manifiesta la autenticidad de su misión *con el valor de dar la vida por aquel que le*

ha llamado y por aquellos a quienes ha sido enviado. O se es profeta con la vida, con la vida entregada por amor, o no se es profeta en absoluto.

ORATIO

«Levántate y les dirás todo lo que te ordene».

«No tengas miedo: he aquí que te pongo como ciudad fortificada».

«Yo estoy contigo para salvarte».

«Éste es el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo».

«No te es lícito tener la mujer de tu hermano».

«¡Raza de víboras! ¿Quién os ha enseñado a escapar del juicio inminente?».

«Dad frutos que prueben vuestra conversión».

«El amigo del esposo exulta de alegría a la voz del esposo».

«Ahora mi alegría es completa».

«Él debe crecer; yo, en cambio, disminuir».

CONTEMPLATIO

Todo lo que [Juan] dijo dio testimonio de la verdad o sirvió de reproche a los que se le oponían; sus obras de justicia las respetaban incluso los que no le amaban. ¿Acaso el respeto del modo de vida de los hombres le hizo desviarse, ni siquiera un poco, a él, que llevó una vida solitaria desde niño, de la vía de la virtud? Y, sin embargo, ese hombre acabó su vida derramando su sangre, tras pasar un largo tormento de cárcel.

Predicaba la libertad de la patria celestial y fue encarcelado por los impíos; había venido a dar testimonio

de la luz, había merecido que le llamaran lámpara ardiente y resplandeciente precisamente de la luz que es Cristo, y fue encerrado en la oscuridad de la cárcel; nadie entre los nacidos de mujer había sido más grande que él, y fue decapitado a petición de unas mujeres sumamente perversas, y fue bautizado con su propia sangre aquel a quien se le había dado bautizar al Redentor del mundo, escuchar la voz del Padre sobre él, ver la gracia del Espíritu Santo que descendía sobre él (Beda el Venerable, *Omēlie sul vangelo*, Roma 1990, pp. 492ss).

ACTIO

Repite y medita con frecuencia durante el día estas consoladoras palabras:

«Yo estoy contigo para salvarte» (Jr 1,19).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

«Vos estáis obligado –añadió el arzobispo de Canterbury– a deponer la duda de vuestra insegura conciencia que recusa el juramento, y a tomar el partido seguro de obedecer a vuestro príncipe, y jurar».

Entonces, aunque yo era de la opinión de que este argumento no podía adaptarse a mi caso, se me presentó, no obstante, de improviso tan sutil y, sobre todo, sostenido por tanta autoridad, al venir de la boca de un tan noble prelado, que no pude replicar nada, a no ser que estaba íntimamente seguro de que así no habría obrado bien, porque en mi conciencia era éste uno de esos casos en que mi deber era no obedecer a mi príncipe, sea cual fuere la opinión de los otros (cuya conciencia y doctrina no habría condenado ni habría aceptado juzgar) a este respecto: en mi conciencia la verdad se me presentaba diferente.

Entonces el abad de Westminster me dijo que de cualquier modo que la cuestión apareciera en mi mente, tenía motivos para temer que precisamente mi mente estuviera en el error, con

sólo que considerara que el Parlamento del reino se pronunciaba en sentido opuesto, y que, por consiguiente, debía cambiar la posición de mi conciencia. A esto respondí que si sólo fuera yo el que sostenía mi tesis y todo el Parlamento sostuviera la otra, verdaderamente tendría miedo de apoyarme en mi parecer, yo solo contra tantos. Mas, por otra parte, sucede que para algunos de los motivos por los que me niego a jurar tengo yo de mi parte –como confío tener– un consejo igualmente grande, e incluso más, y entonces no estoy ya obligado a cambiar mi conciencia y conformarla al consejo de un reino, contra el consejo general de la cristiandad (Tomás Moro).